

# *El* Anillo Matrimonial



*Cómo hacer feliz el hogar*

John Angell James  
(1785-1859)

# EL ANILLO MATRIMONIAL

*Cómo hacer feliz el hogar*

## Contenido

Prefacio.....	3
1. La formación del vínculo matrimonial .....	4
2. El círculo familiar.....	15
3. Deberes mutuos del esposo y la esposa .....	20
4. Deberes especiales del esposo y la esposa.....	35
Conclusión.....	55

Chapel Library ha actualizado cuidadosamente este folleto para presentar un texto más legible para el lector moderno. Se han sustituido palabras arcaicas por sinónimos y se ha revisado la estructura de las oraciones para mayor claridad. Se han omitido algunas cláusulas y oraciones redundantes.

Copyright © 2025 Chapel Library: esta edición en español. Traducido y editado por Jorge E. Castañeda.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos o para bajar nuestro material sin cargo alguno, por favor visite [www.ChapelLibrary.org](http://www.ChapelLibrary.org) o póngase en contacto con:

**CHAPEL LIBRARY**

2603 West Wright Street  
Pensacola, Florida 32505 USA

*Teléfono: (850) 438-6666*

*[chapel@mountzion.org](mailto:chapel@mountzion.org) • [www.ChapelLibrary.org](http://www.ChapelLibrary.org)*

# EL ANILLO MATRIMONIAL

## *Cómo hacer feliz el hogar*

### PREFACIO

**E**ste breve manual para quienes están iniciando su vida matrimonial está compuesto principalmente de selecciones de las obras de un amado autor, estimado por sus muchos escritos prácticos. Este autor acertadamente observó:

“Es una verdad incuestionable que, si un hombre no es feliz en su hogar, no puede ser feliz en ninguna parte. Aquel que es feliz allí no tiene necesidad de ser miserable en ningún otro lugar. ‘Es el lugar de todo el mundo que más amo’, dijo el interesante autor de *La Tarea*, al hablar del hogar. Debíamos estimar a quien puede decir lo mismo. El secreto de la felicidad yace envuelto entre las hojas de la Biblia y se lleva en el seno de la piedad. No conozco otro camino hacia la felicidad y no profeso enseñar otro. Si una pareja casada son creyentes en Cristo Jesús y poseen la paz que sobrepasa todo entendimiento; si ellos, al convertirse en padre y madre, crían a sus hijos en el temor de Dios; y si la felicidad puede encontrarse en la tierra, será disfrutada en ese santo círculo familiar, unido por el amor y santificado por la gracia”.

La mayoría de los libros publicados sobre este tema han sido superficiales e insignificantes, pero el compilador de este volumen ha procurado producir una obra que pudiera ser un obsequio apropiado de parte de un pastor o un amigo cristiano.

# CAPÍTULO 1

## LA FORMACIÓN DEL VÍNCULO MATRIMONIAL

*¡Felices ellos! ¡Los más dichosos de su especie!  
¡A quienes unen estrellas benévolas; y en un solo destino,  
Sus corazones, sus fortunas y su ser se funden!*

**D**ebe quedar claro para todos que el matrimonio es un paso de enorme importancia. Tal paso debe ser siempre dado con gran consideración y suma cautela. Los deberes del matrimonio son muchos y de gran peso. El correcto cumplimiento de estos deberes, la felicidad de nuestras vidas, e incluso nuestra seguridad para la eternidad, dependen en no poca medida de la elección que hagamos de esposo o esposa. Por tanto, la razón exige que avancemos hacia el matrimonio con gran cuidado. Ninguna decisión de toda nuestra vida terrenal requiere de un juicio más sereno que esta; y sin embargo, la observación demuestra cuán raramente se permite al juicio dar consejo, y cuán generalmente la imaginación y las pasiones resuelven el asunto.

Gran parte de la miseria y del crimen que corrompen y afligen a la sociedad es el resultado de matrimonios mal formados. Para usar el bello lenguaje de otro: “Aquellos que entran en el estado matrimonial lanzan un dado de la mayor incertidumbre, y sin embargo de los mayores efectos en el mundo, a excepción de la última jugada por la eternidad. Vida o muerte, felicidad o aflicción duradera, están en poder del matrimonio.

Una mujer, en verdad, arriesga más, pues no tiene un lugar seguro al cual huir de un mal esposo. Debe habitar en el dolor que su propia necesidad ha producido; y se halla en peor condición porque su verdugo tiene derechos y privilegios. La mujer puede clamar a Dios, como los súbditos lo hacen respecto a los tiranos, pero fuera de eso no tiene apelación ante las crueldades que se le hacen. Y aunque el hombre puede huir de muchas horas de tristeza, no obstante, debe regresar a ella otra vez. Cuando se sienta entre sus vecinos, recuerda el dolor en su pecho, y suspira profundamente”.

Sin embargo, si solo se tratara de la comodidad de la pareja casada, sería un asunto de menor importancia. Más bien, el bienestar de una familia y de sus futuros descendientes, tanto para esta vida como para la venidera, depende de esta unión. En el frenesí de la pasión, pocos prestan oído a los consejos de la prudencia. Tal vez no haya consejo que se desperdicie con mayor frecuencia que aquel que se ofrece en cuanto al matrimonio.

La mayoría de las personas que ya están apegadas a alguien, aunque no se hayan comprometido por promesa o declaración matrimonial, seguirán desesperadamente decididas a consumir su propósito, si les es posible. Es inútil razonar con tales personas, y deben ser dejadas a obtener sabiduría de la única manera en que algunos la adquieren: la experiencia dolorosa. Ofrezco las siguientes observaciones a otros que aún no se han comprometido con una persona en particular y que están dispuestos a escuchar consejos.

### **Déjese guiar por el consejo de los padres o tutores.**

Los padres no tienen derecho a elegir por usted, pero tampoco debería elegir por sí mismo sin consultarlos. Es un punto de casuística<sup>1</sup> muy difícil de determinar hasta qué punto llega la autoridad de un padre para prohibirle a su hijo casarse con una persona a quien desaprueba.

Si usted ha alcanzado la mayoría de edad<sup>2</sup> y es capaz de mantenerse por sí mismo, o si es razonable suponer que será bien sustentado por el cónyuge con quien habrá de unirse, cabe cuestionar si los padres tienen alguna autoridad más allá de aconsejar y persuadir. Pero antes de ser mayor de edad, ellos tienen autoridad positiva para prohibir; y es una violación de su deber hacia ellos formar vínculos sin su conocimiento y mantenerlos en contra de sus prohibiciones.

Admito que las objeciones de los padres deben estar siempre fundadas en la razón, y no en el capricho<sup>3</sup> o el orgullo. Cuando las objeciones de los padres no están fundadas en la razón, y los hijos son mayores de edad y están guiados en su elección por la prudencia, la piedad y el afecto, ciertamente pueden y deben ser dejados para decidir por sí mismos. Pero cuando los

---

<sup>1</sup> **casuística** – Ciencia o arte del razonamiento que aplica las reglas generales de la religión o de la moral a casos particulares donde las circunstancias son importantes o donde parece haber un conflicto de deberes. Aquí, el conflicto sería entre el derecho de los jóvenes a casarse y el deber de honrar a sus padres.

<sup>2</sup> **mayor de edad** – Edad en la que la mente y el cuerpo de una persona están completamente desarrollados; las normas culturales desempeñan un papel importante para determinar cuál se considera que es esa edad en una sociedad en particular.

<sup>3</sup> **capricho** – Opinión o deseo sin fundamento o sin razón.

padres basan sus objeciones en motivos suficientes y muestran razones claras para prohibir un matrimonio, es deber manifiesto de los hijos —y especialmente de las hijas— renunciar a él. Muy raramente tal matrimonio resulta ser algo distinto de una fuente de miseria. Desde el principio cayó sobre esta unión el ceño fruncido de un padre y una madre afectuosos y sabios, y Dios parece levantarse en juicio y apoyar la autoridad de los padres confirmando su disgusto con el Suyo propio.

## **El matrimonio debe siempre formarse sobre la base del afecto mutuo.**

Si no hay amor antes del matrimonio, no se puede esperar después de él. Se supone que las personas que contemplan unirse en matrimonio están enamoradas. Quienes se llaman amantes, pero carecen de amor, no tienen derecho a esperar felicidad. La fría indiferencia es probable que pronto se convierta en aversión. Debe haber un apego personal. Proceder al matrimonio, si hay algo que resulte repulsivo hacia la otra persona, aun si es externo, está prohibido por la voz misma de la naturaleza.

No estoy diciendo que un rostro hermoso o una figura elegante sean necesarios. ¡De ningún modo! Un afecto puro y fuerte a menudo existe aún en ausencia de estas cosas. Y no me atrevería a afirmar que es absolutamente *imposible* amar una *deformidad*. Pero ciertamente no deberíamos unirnos a una deformidad a menos que podamos amarla, o, al menos, a menos que estemos tan enamorados de las cualidades mentales que acompañan esa deformidad, que perdamos de vista el cuerpo en los encantos de la mente, del corazón y de los modales. Todo lo que estoy argumentando es que proceder a casarse con alguien a quien absolutamente se detesta y se encuentra repulsivo, es irracional y pecaminoso.

Pero el amor debe tener en cuenta tanto la *mente* como el cuerpo. Estar apegado a un individuo simplemente por su belleza es enamorarse de una muñeca, una estatua o una pintura. Tal apego es lujuria o capricho, pero ciertamente no es afecto racional. Si amamos el cuerpo, pero no amamos la mente, el corazón y los modales, nuestro afecto está puesto sobre la parte inferior de la persona. Está puesto sobre lo que, por causa de una enfermedad, podría el próximo año ser muy diferente de lo que es ahora. Nada se desvanece tan rápidamente como la belleza. Es como el delicado rocío de una fruta atractiva. Si no hay nada valioso debajo, será arrojada con disgusto cuando los pétalos se caigan. Será arrojada por la misma mano que la arrancó.

Es tan comúnmente observado, hasta el punto de ser un proverbio, que los encantos de la mente aumentan con el trato, mientras que los del cuerpo

disminuyen. Mientras que los encantos interiores fácilmente nos reconcilian con un rostro sencillo, los encantos del cuerpo despiertan, por el poder del contraste, un disgusto hacia la insipidez, ignorancia y frialdad del alma con la que están unidos. Es como flores vistosas y sin aroma creciendo en un desierto. En vez de decidir arriesgar nuestra felicidad recogiendo esas malezas floreadas y colocándolas en nuestro seno, preguntémonos cómo se verán dentro de algunos años, o cómo adornarán y bendecirán nuestro hogar.

Preguntémonos: ¿hará el buen juicio —que acompaña a ese bello rostro— que su poseedor sea apto para ser mi compañero y el instructor de mis hijos? ¿Soportará ese temperamento con paciencia mis debilidades, considerará con bondad mis gustos, estudiará con afecto mi bienestar? ¿Serán agradables sus modales cuando estemos a solas tanto como cuando estemos en sociedad? ¿Esos hábitos harán de mi morada un lugar agradable para mí y para mis amigos? Debemos poner a prueba estas cosas y refrenar nuestras pasiones. Debemos buscar el consejo de nuestro buen juicio y permitir que la razón descienda y converse con nosotros en la frescura del atardecer.

Tal es, pues, el amor sobre el cual debe formarse el matrimonio: amor hacia la persona entera. Es amor a la mente, al corazón y a los modales, tanto como al rostro y a la figura. Es un amor templado con respeto. Este es el único apego que probablemente sobrevivirá cuando se disipe la novedad del matrimonio, cuando llegue la enfermedad y pase el tiempo. Este es el único apego que probablemente sostendrá las tiernas simpatías y las agudas sensibilidades del estado matrimonial. Este es el único apego que hará del marido y la esposa lo que fue la intención de Aquel que instituyó la unión matrimonial: el socorro y el consuelo mutuos aun hasta la vejez.

Los jóvenes deben tener sumo cuidado de no dejarse inducir por la persuasión de otros, ni por el impulso de su propia codicia, ni por un ansioso deseo de ser su propio amo o ama, ni por la ambición de honor secular, a entrar en un matrimonio al que no son llamados por un amor puro y virtuoso. ¿Qué hará por usted una casa grande, muebles lujosos y entretenimientos de moda en ausencia del amor conyugal? “¿Fue por estas bagatelas y juguetes que he cambiado mi ser, mi felicidad, mi honor?” — exclama el corazón desdichado al despertar, y ¡ay, demasiado tarde!— ante alguna escena triste de desventura doméstica.

*¡Qué mal encajan las escenas que ofrecen descanso,  
con corazones que no pueden descansar!*

¡Oh, cuánta dulzura, cuánto encanto y poder para agradecer hay en el afecto puro y mutuo, aunque se disfrute en la casa más humilde, se

mantenga en las circunstancias más sencillas y luche contra muchas dificultades! ¡Que el hombre determine noblemente ganar su pan diario con el sudor de su frente y endulce su tarea diaria con el pensamiento de que su trabajo es para la mujer que ama, antes que pasear en su carroza y vivir una vida de espléndida ociosidad y miseria con la mujer que no ama! ¡Que la mujer, con igual nobleza y heroísmo, determine confiar en sus propias energías, y especialmente en la providencia graciosa de Dios, antes que casarse sin afecto por el solo beneficio económico!

Hay además otro error que algunos cometen: habiendo sido desilusionados en una relación que esperaban terminara en matrimonio, se vuelven imprudentes respecto al futuro y, en un estado de ánimo casi de venganza, aceptan al primer individuo que se les presenta, lo amen o no. Esto es una gran necedad; es un acto de violencia suicida contra su propia paz, tan atroz, que no hallamos palabras lo bastante fuertes para describirlo o reprimirlo. Es como el escorpión enfurecido que se clava el aguijón a sí mismo. En un acto de ira, sacrifican su felicidad a la insensatez.

### **El matrimonio debe ser siempre emprendido con estricta atención a la prudencia.**

La discreción es una virtud de la cual solo los necios se burlan. La discreción se deja de lado con mayor frecuencia en lo que respecta al matrimonio, que es, de entre todas las cosas, la que más necesita de sus sobrios consejos. Algunos jóvenes románticos y necios piensan que no corresponde que el amor busque el consejo de la sabiduría. Si su necedad solo les afectara a ellos, podríamos dejarlos para que fueran castigados por sus frutos; pero los matrimonios imprudentes, como ya se ha considerado, esparcen sus malas consecuencias por doquier, incluso hasta la posteridad.

Dios nos dio el entendimiento para que gobernara las pasiones y la imaginación. Aquellos que hacen a un lado el testimonio del entendimiento en una elección tan importante como lo es un compañero de vida, y solo escuchan el consejo de sus pasiones, han perdido en ese momento el carácter de seres racionales y han descendido al nivel de criaturas completamente gobernadas por el apetito, sin el freno de la razón. La prudencia evitaría gran parte de la miseria humana, si se le permitiera guiar la conducta de los hombres.

En el asunto que nos ocupa, la prudencia no permitiría a nadie casarse sin tener *una expectativa razonable de estabilidad económica*. Es perfectamente evidente para mí que la presente generación de jóvenes no se distingue por este tipo de discreción. Son demasiado apresurados para entrar en matrimonio y colocarse al frente de una familia antes de tener

alguna esperanza razonable de poder sostenerla. Casi tan pronto como un muchacho llega a la adultez, esté en negocios o no, antes de saber siquiera si su empresa prosperará o no, mira a su alrededor buscando una esposa y hace una selección apresurada y quizás imprudente. Que los jóvenes ejerzan la razón y la previsión. Si no lo hacen, y están decididos a lanzarse a los gastos del hogar antes de haber abierto las fuentes para sostenerlos, que escuchen la voz de la advertencia fiel, a pesar del canto seductor de su imaginación. Que se preparen para comer las hierbas amargas de los remordimientos inútiles por muchos años largos y cansados después de que haya pasado el banquete de bodas.

La prudencia prohíbe todos *los matrimonios desiguales*. Debe haber una igualdad tan cercana como sea posible en cuanto a *edad*. ¡Qué antinatural y repulsivo es ver a un joven atado a una pieza de antigüedad! A un extraño le resultaría difícil determinar si vive con su esposa o con su madre. Nadie atribuirá a la parte más joven (sea hombre o mujer) el mérito de haberse casado por amor. Y el mundo será lo bastante cruel —y difícilmente uno pueda evitar sumarse a la crítica— para decir que tales uniones no son más que especulaciones económicas. Usualmente, la parte mayor en la unión es la rica, y con la misma frecuencia lleva en su bolsa un látigo para el otro. Una fortuna ha sido, en muchos casos, una desdicha para ambos.

La igualdad de *rango* es deseable, o tan cercana a ella como sea posible. Es mucho más seguro para un hombre rico descender al valle de la pobreza en busca de esposa, que lo es para una mujer rica descender en busca de esposo. Él puede elevar mucho más fácilmente a su compañera a su propio nivel que lo que ella podría hacer. La sociedad se adaptará con mucha mayor disposición al error de él que al de ella. Gran parte de la felicidad en el estado conyugal depende de los parientes de las partes. Si el matrimonio ha ofendido a los parientes, si los ha rebajado, está en su poder derramar mucha amargura en la copa del gozo. Más de una esposa ha llevado a la tumba los punzantes insultos de los amigos de su esposo; y en todos esos casos, él mismo debe recibir parte del veneno.

A mis hermanos en el *ministerio* les recomiendo la más grande cautela en este asunto tan delicado e importante. No tengo palabras suficientemente enfáticas para expresar la vehemencia con que recomiendo esta cautela. Los efectos de un matrimonio imprudente de un ministro se hacen sentir en la iglesia del Dios viviente. Si las esposas de los diáconos han de ser «honestas, no calumniadoras, sobrias, fieles en todo» (1 Ti. 3:11), ¿se puede requerir menos de las esposas de los pastores? «Es necesario que el obispo sea irreprochable... que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo

cuidará de la iglesia de Dios?)» (1 Ti. 3:2, 4–5). Pero, ¿cómo podrá él manifestar en su hogar el bello orden y armonía que debe prevalecer en toda familia cristiana, y especialmente en el hogar de un ministro, sin la cooperación inteligente e industriosa de su esposa? ¿Y cómo puede esperarse esto de una esposa que *carece* de inteligencia o laboriosidad? No solo gran parte del consuelo del ministro, sino también gran parte de su carácter, dependen de su esposa. Y lo que es aún más importante, gran parte de su utilidad depende también de ella.

## **El matrimonio debe formarse siempre con la debida consideración a la piedad.**

Una persona piadosa no debería casarse con alguien que no lo sea. No es deseable unirse a una persona incluso de una denominación diferente que, como asunto de conciencia, asiste a su propio lugar de adoración. No es grato, en una mañana de domingo, separarse e ir a diferentes lugares de culto. El paseo más delicioso que una pareja santa puede tener es ir juntos a la casa de Dios, cuando toman dulce consejo en común sobre los altos temas de la redención y las realidades invisibles de la eternidad. Nadie querría perder esto voluntariamente.

¡Pero, oh, andar separados en un sentido aún más importante y terrible! ¡Separarse en el punto donde se bifurcan los dos caminos hacia la eternidad: uno hacia el cielo, el otro hacia el infierno! ¡Para que el creyente avance hacia la gloria con la sobrecogedora conciencia de que la otra parte va camino a la perdición! Esto es realmente espantoso y basta para disminuir en gran medida la felicidad conyugal.

Si, sin embargo, solo se tratara de la *comodidad* de las partes, sería un asunto de menor importancia; pero es una cuestión de *conciencia*, un asunto en el cual no tenemos opción. «Queda libre para casarse con quien quiera» —dice el apóstol hablando del caso de una viuda— «con tal que sea en el Señor» (1 Co. 7:39). Ahora bien, aunque esto fue dicho acerca de una mujer, todas las razones de esta ley pertenecen con igual fuerza al hombre. Esto me parece no solo un consejo, sino una ley, y tan obligatoria para la conciencia como cualquier otra ley que hallamos en la Palabra de Dios. La forma incidental en que se da este mandamiento es, como ha observado acertadamente alguien, para el lector inteligente de las Escrituras, la confirmación más fuerte de que esta regla se aplica a todos los matrimonios futuros donde no ha habido compromiso previo a la conversión.

En cuanto al otro pasaje donde el apóstol nos ordena no unirnos en yugo desigual con los incrédulos, no se aplica directamente al matrimonio sino por inferencia. Se refiere a la comunión en la iglesia, o más bien a la

asociación y conducta en general. Los cristianos profesantes no deben unirse con incrédulos. Pero si esta unión es impropia en otros asuntos, ¡cuánto más en el matrimonio, que tiene una influencia tan poderosa tanto sobre nuestro carácter como sobre nuestra felicidad! Que un cristiano, entonces, se case con una persona que no sea decididamente y evidentemente piadosa es oponerse directamente a la Palabra de Dios.

Y así como la Escritura está en contra, también lo está la razón, pues «¿andarán dos juntos si no estuvieren de acuerdo?» (Am. 3:3). Una diferencia de gustos en asuntos menores es ya un obstáculo para el consuelo doméstico; pero estar opuestos el uno al otro en el asunto más importante de todos, la religión, es un riesgo para el bienestar del hogar que ninguna persona reflexiva debería asumir bajo ninguna circunstancia. ¿Cómo pueden cumplirse los más altos propósitos del hogar cuando uno de los padres no posee las cualificaciones espirituales necesarias para ello? ¿Cómo podrá realizarse la labor de la educación religiosa y criarse a los hijos en disciplina y amonestación del Señor?

En cuanto a la ayuda mutua en las cosas espirituales, ¿acaso no todos necesitamos auxilio, y no estorbo? El cristiano debe hacer que todo se incline ante las cosas espirituales, y no permitir que las cosas espirituales se inclinen ante nada. Esta es la única cosa necesaria, a la cual todo debe ceder el primer lugar; y, ciertamente, descuidar la salvación eterna en un asunto tan importante como el matrimonio demuestra que su religión es solo una profesión o pronto llegará a serlo.

Nadie debe contemplar el matrimonio sin la más profunda y seria reflexión, ni sin la más ferviente oración a Dios en busca de dirección. Para que la oración sea aceptable ante el Altísimo, debe ser sincera y ofrecida con un verdadero deseo de conocer y hacer Su voluntad. Muchos, creo yo, tratan a Dios como a sus amigos: toman primero una decisión y luego piden dirección. Tienen algunas dudas —muy a menudo, dudas fuertes— acerca del paso que están por dar, pero estas son gradualmente disipadas por sus súplicas, hasta que terminan orando con tal insistencia que se convencen a sí mismos de que están totalmente en lo correcto con la decisión que ya habían tomado.

Orar por dirección en un asunto que sabemos que se opone a la Palabra de Dios, y sobre el cual ya hemos decidido actuar, es añadir hipocresía a la rebelión. Si hay razón para creer que el joven que pide a una cristiana unirse con él en matrimonio no es verdaderamente piadoso, ¿qué necesidad hay de orar por dirección? ¡Esto equivale a pedir al Altísimo permiso para hacer lo que Él ya ha prohibido!

## Viudas y viudos

En el caso de viudas y viudos, especialmente cuando hay hijos, se requiere de una prudencia especial. He conocido a algunos que sacrificaron todos sus propios gustos y preferencias y eligieron un cónyuge teniendo solo en cuenta a los hijos. Tal sacrificio es, en verdad, generoso, pero dudo que sea prudente. Pone en peligro su propio consuelo e incluso su carácter, y ni el consuelo ni el carácter pueden perderse sin gran perjuicio para los mismos hijos que han considerado tan heroicamente. Pero este es un error más raro y más perdonable que el del extremo opuesto: [casarse sin ninguna consideración por los hijos]. ¡Cuán inapropiado e insensato es que un hombre de sesenta años traiga a casa a una esposa joven y la ponga sobre hijas mayores que ella! Introduce en el círculo familiar a tías y tíos menores que algunos de los sobrinos. Tales matrimonios imprudentes a menudo destruyen tanto la reputación como la paz del hogar. Tales hombres no deben sorprenderse si sus hijas del primer matrimonio son alejadas del hogar por las consecuencias del segundo. Estas podrían verse llevadas a formar uniones imprudentes, tanto por el ejemplo de su padre como por las consecuencias de su necesidad.

Al escoger una segunda compañera de vida, si la primera fue talentosa o virtuosa, se debe tener sumo cuidado de no escoger una esposa marcadamente inferior. En tal caso,

*En una sucesión implacable,  
los recuerdos de los tiernos momentos del pasado  
se agolpan en la mente,  
dibujando un contraste perpetuo y lacerante.*

El hombre que nunca conoció por experiencia la dicha de un matrimonio feliz, jamás podrá conocer el dolor de uno imprudente, al menos no en la forma en que podría intensificarse por el poder de la comparación. Aquel que ha conocido esas dichas, ¡cuide muy bien de no exponerse a una miseria tan impotente como desesperanzadora!

Debe también ejercerse la debida atención respecto a las necesidades de los hijos. ¿Y si la mujer que está por ser elegida llega a ser también madre? ¿Tiene ella el principio, la prudencia, el dominio propio y el buen carácter necesarios para ayudarla a disimular su inclinación hacia sus propios hijos? Reprimir esa inclinación es imposible y sería antinatural. ¿Podrá aparentar ser tan amable con los hijos adoptivos como con los suyos propios? Aquel hombre obra de manera sumamente cruel e impía hacia la memoria de su primera esposa si no provee para sus hijos una amiga bondadosa y juiciosa en su segunda esposa. Permítaseme ser el defensor de los niños huérfanos

de padre o madre, y suplicar, por el bien tanto de los vivos como de los muertos, una debida preocupación por el consuelo de estos huérfanos.

Tampoco debe la persona que está por asumir el cuidado de los hijos de otro proceder con menor deliberación. ¿Tienes amor suficiente hacia el padre o madre como para cargar con esa responsabilidad por su causa? ¿Tienes suficiente amabilidad, discreción, para tal situación y oficio? Es más fácil cuando los niños son dulces y amables. Pero cuando no tienen atractivo personal, ni encanto mental, ni carácter entrañable, entonces se hace evidente la verdad del dicho: “Puede suplirse una esposa, pero no una madre”. El hombre o la mujer que ha de asumir el papel de padre o madre frente a un hijo rebelde y poco amable necesita algo más que afecto natural —pues este pertenece, en su mayor grado, al verdadero progenitor—. Debe poseer convicciones firmes, ternura de carácter y, sobre todo, gracia de lo alto. Que todo aquel llamado a dirigir un hogar se pregunte sinceramente si posee lo necesario para cumplir sus deberes de manera satisfactoria y con buena conciencia. Que se pregunten si es probable que ellos mismos sean felices en tal situación. Si no lo son, sería mucho mejor que nunca entraran en ella, pues su infelicidad inevitablemente llenará de miseria todo el círculo familiar.

Es verdaderamente lamentable que todos los preparativos apropiados para el matrimonio suelen ser pospuestos por las ocupaciones vanas de la frivolidad. Estas son como polvo sobre la balanza del destino conyugal. Todo pensamiento, anticipación y ansiedad se absorben con demasiada frecuencia en la elección de una casa, mobiliario y asuntos aún más insignificantes y frívolos. Es demasiado común que la futura esposa pase horas, día tras día, semana tras semana, conversando con su modista<sup>4</sup>, debatiendo y discutiendo el color, la forma y el material con los cuales habrá de brillar en todo su esplendor el día de la boda, cuando debería estar ocupada meditando en el trascendental paso que fijará el destino suyo y de su esposo para toda la vida. ¡Como si el gran objetivo fuera aparecer como una novia bien vestida y a la moda, en lugar de ser una buena y feliz esposa! Pero—

*Gozo, serio y sublime,  
que fortalece el alma en la oración,  
debería henchir el pecho  
cuando la mano de una doncella,  
colmada aún de los rocíos florales de la vida,  
se ciñe al yugo sagrado  
que solo el ministerio de la muerte puede desatar.*

---

<sup>4</sup> **modista** – Persona que confecciona y vende adornos para el cabello, sombreros o capotas para damas.

*Y sin embargo, cuyo tremendo poder  
puede sellar una sentencia eterna.*

“Estudia”, decía un antiguo autor, “los deberes del matrimonio antes de entrar en él. Hay cruces que llevar, lazos que evitar, y muchas obligaciones que cumplir, así como una gran felicidad que disfrutar. ¿Y no se habrá de hacer provisión alguna? La falta de esta preparación trae frecuentes desengaños en esa honorable condición. De allí viene el arrepentimiento que es al mismo tiempo *demasiado temprano* y *demasiado tarde*. El esposo no sabe gobernar; y la esposa no sabe obedecer.”

*La mujer no fue hecha para gobernar,  
ni tampoco para una sumisión ciega.*

*Dichosas aquellas que,  
hallando gozo en obedecer,  
tienen junto a sí a un compañero amable,  
quien, en la travesía, comparte su poder  
o entrega las riendas, dejándola guiar.  
Luego señala las maravillas del camino,  
y hace grato el deber que ella emprende.*

*Le muestra el objeto al pasar,  
y con dulzura corrige sus desvíos;  
le enseña el arte del hábil conductor,  
y sonrío al ver cuán bien desempeña su papel.  
No le niega elogio por su valor o destreza  
al ejercer el poder que él, a voluntad, retoma.*

## CAPÍTULO 2

### EL CÍRCULO FAMILIAR

*¡Hogar! Hay magia en esa pequeña palabra;  
Es un círculo místico que encierra  
Consuelos y virtudes nunca conocidos  
Fuera de su sagrada frontera.*

¡Una familia! ¡Cuán deleitables son las asociaciones que formamos con tal palabra! ¡Cuán agradables son las imágenes que llenan la mente, y cuán tiernas las emociones que despierta en el corazón! ¿Quién podría sorprenderse de que la felicidad del hogar sea un tema tan querido a la poesía, y que haya dado lugar a algunos de los más dulces acordes de la imaginación y del sentimiento? ¿O quién se asombraría de que, entre todas las aspiraciones de aquellos que emprenden el camino de la vida, esta sea la que despierte los más ardientes deseos y las más activas búsquedas? Pero ¡ay! de los que parten con celo juvenil tras la posesión de tan preciado galardón, ¡cuántos fracasan! ¿Y por qué? Porque solo su imaginación está comprometida con el asunto. No tienen ideas definidas de lo que realmente significa, ni del modo en que ha de obtenerse. No es más que una creación encantadora de una mente romántica, y muchas veces, en personas así, se desvanece rápidamente.

Creo, por tanto, que será útil describir las fuentes de la felicidad familiar, y mostrar que estas no se hallan en las regiones floridas de la fantasía, sino en las realidades sobrias de la piedad, el amor casto, la prudencia y los vínculos familiares bien formados. Estos preciosos manantiales de gozo están al alcance de todos los que deseen transitar el camino hacia ellos—y este camino es el del conocimiento. Debemos familiarizarnos con la naturaleza, los propósitos y la importancia del pacto familiar. Debemos analizar esta unión para conocer sus elementos, leyes y finalidades. ¿Quién puede ser un buen ciudadano sin conocer la naturaleza de la constitución y las leyes de su patria? Es igualmente vano esperar felicidad doméstica sin una comprensión clara de los fines y leyes que la Providencia ha establecido en la formación del hogar.

En las discusiones populares sobre cuál forma de gobierno civil es la mejor para el bienestar de la humanidad, se ha pasado por alto con

demasiada frecuencia la *constitución de la familia*. Los autores han especulado con confianza y han teorizado sobre los pilares mayores de la sociedad, mientras que, al mismo tiempo, evidentemente han olvidado cuánto depende el bienestar de las naciones del bienestar de las familias que las componen.

Si hay alguna verdad en la comparación de una nación con una columna, debemos recordar que, si bien los individuos son los materiales con los que se forma, es la buena condición de las familias la que constituye el cemento que la mantiene unida y da solidez y durabilidad a su bella forma. Si falta este cemento, la columna contiene en sí misma un principio de decadencia y una causa activa de deterioro y ruina. No importa cuán excelentes sean los materiales en sí, cuán elegante sea su forma, o cuán ornamentados estén la base, la columna o el capitel<sup>5</sup>.

La familia es una institución divina. Dios mismo la formó. Él hace habitar en familia al solitario (Sal. 68:6). Como todo lo demás que Él ha hecho, está bien y sabiamente dispuesta. Como sistema de gobierno, es totalmente singular; ni debajo de los cielos ni encima de ellos hay nada que sea exactamente igual. En algunos aspectos, se asemeja al gobierno civil de un Estado; en otros, al régimen eclesiástico de una iglesia. Podría decirse que la iglesia y el Estado se encuentran en la familia. Este encuentro, sin embargo, se da en una escala muy pequeña, y bajo circunstancias muy particulares. Cuando se dirige como debe ser, toda familia tiene un carácter sagrado, en tanto que el cabeza del hogar actúa como profeta y sacerdote del mismo, instruyéndolo en el conocimiento y guiándolo en la adoración a Dios, mientras que al mismo tiempo cumple los deberes de un rey al sostener un sistema de orden, subordinación y disciplina.

El propósito de la familia es conforme a su naturaleza. Más allá del beneficio de los individuos que la componen (su primer e inmediato propósito), está destinada a promover el bienestar de la comunidad nacional a la cual pertenece y de la cual forma parte. Toda nación ha atribuido gran valor al pacto familiar y lo ha protegido con las sanciones más poderosas. Las familias bien instruidas, bien ordenadas y bien gobernadas son los manantiales que, desde sus fuentes secretas, envían los arroyos que se unen para formar el majestuoso caudal de la grandeza y prosperidad nacional. Ningún Estado puede ser próspero donde el orden familiar y la subordinación son generalmente descuidados. Cualquier nación será próspera, cualesquiera que sean sus formas políticas, donde el orden familiar sea generalmente sostenido.

---

<sup>5</sup> **capitel** – Parte superior de una columna.

Un hijo se convierte en un buen ciudadano bajo la sabia instrucción y el cetro imparcial de un padre dentro del pequeño círculo familiar. La lealtad, el patriotismo y toda virtud pública crecen junto al fuego del hogar y sobre el umbral de la familia. Es en las familias desordenadas donde se crían los demagogos divisivos, los rebeldes turbulentos y los opresores tiránicos, para ser el tormento de sus vecinos o el azote de su país. Es allí donde se cultivan —para usar el símil del profeta— el espino y la zarza, o el arrayán y el abeto, que en el tiempo por venir serán adorno y defensa, o deformidad y miseria para la tierra.

¿Pero acaso la constitución de la familia se refiere solo al mundo presente y a sus intereses percederos? ¡De ningún modo! Todos los arreglos de Dios para el hombre tienen como fin principal su relación con la eternidad. El ojo de Dios está puesto sobre la inmortalidad para la cual ha destinado a la raza humana. Toda familia tiene un carácter sagrado. Ese carácter sagrado puede ser olvidado o despreciado, pero la familia ha sido constituida y debe ser conducida con la perspectiva de que la próxima generación siga a sus padres no solo hasta la tumba, sino hasta la eternidad.

Cada miembro de cada hogar es una criatura inmortal. Cada uno que sale del círculo por medio de la muerte entra en una eternidad de tormento o de bienaventuranza. Ahora bien, dado que todas las instituciones de Dios miran a otro mundo como su referencia última, sin duda la institución más poderosa en la formación del carácter debe ser considerada como destinada a preparar a sus sujetos para la gloria, la honra, la inmortalidad y la vida eterna (Ro. 2:7).

Donde la piedad no sirve como base de la unión matrimonial, no pueden esperarse sus frutos felices. Hay muchos hogares donde se cultivan cuidadosamente las virtudes meramente sociales, donde florece la amabilidad familiar y se aprecia la excelencia pública, pero que, al carecer de piedad vital, están perdiendo el propósito más elevado de su unión. No están desarrollando ningún curso preparatorio de educación para el cielo. Están destinados a ser barridos junto con el naufragio de las naciones que no conocieron a Dios, y con los impíos que serán lanzados al infierno. ¡Ay, ay! Que desde tales escenas dulces de amor y paz marital, donde se ha dado cabida al saber, la ciencia, la riqueza y la elegancia, se excluya a la religión. Mientras muchos huéspedes sabios e interesantes son continuamente bienvenidos al hogar, solo Aquel que bendijo a la pequeña familia de Betania es rechazado. Que únicamente sea rechazado Aquel que trae consigo salvación a dondequiera que va, y que da inmortalidad a los gozos que de otro modo perecerían para siempre.

¡Preciosos, en verdad, son los gozos de una familia feliz! Pero ¡oh, cuán fugaces! ¡Qué pronto puede romperse el círculo! ¡Qué repentinamente

puede suceder! ¡Cuántas escenas de delicia han sido inesperadamente cubiertas por la sombra y la tristeza de la desgracia, la enfermedad o la muerte! El postrer enemigo ha entrado al paraíso y, al expulsar a uno de sus moradores, ha amargado la escena para los demás. En algunos casos, los estragos de la muerte han sido seguidos por las desolaciones de la pobreza. Quienes una vez vivieron juntos felizmente, han sido separados y dispersados para no volver a encontrarse. Pero si poseen religión —la religión verdadera—, ella los reunirá nuevamente tras la destrucción de sus vínculos terrenales y los conducirá a otro Paraíso donde ninguna calamidad puede entrar y donde ningún gozo puede jamás desaparecer.

¡Qué bienaventurado sería, entonces, para todos los que están unidos por estos lazos domésticos, que los vínculos de la naturaleza fuesen hechos santos y permanentes por los lazos de la gracia divina! Establecer nuestra unión sobre cualquier fundamento que omita la religión en su formación es edificar sobre arena movediza y exponerla a la furia de mil olas que pueden destruir nuestro consuelo en un instante. Fundar nuestra unión sobre la religión es establecerla sobre la roca, donde aún hallaremos refugio individualmente cuando los lazos más cercanos y queridos hayan sido arrastrados por la marea de la muerte.

Es importante recordar que la constitución de la familia no depende para su existencia, leyes, buena administración ni abundantes beneficios, de las posesiones familiares ni del tipo de gobierno nacional bajo el cual se halle. Puede vivir y florecer con todo su tierno amor, su dulce dicha y su poder moral, tanto en una cabaña como en una mansión, tanto a la sombra de la libertad como bajo el ardiente calor de la tiranía. Como la iglesia, a la que representa en ciertos aspectos, se acomoda a toda forma cambiante de la sociedad circundante, a toda nación y a toda época. Forma junto con la iglesia las dos únicas instituciones que Dios estableció en cuanto a su estructura. Como su institución hermana, la iglesia, la familia permanece en medio de las ruinas de la Caída, el paso de los siglos y los cambios de los asuntos humanos—el monumento de lo que fue y el presagio permanente de lo que será.

La felicidad familiar, en muchos aspectos, se asemeja al maná dado a los israelitas en el desierto. Como aquel precioso alimento, es un don de Dios desde el cielo. No puede comprarse con dinero. Se distribuye por igual al rico y al pobre. Se adapta a todo gusto. Se concede en una abundancia que satisface las necesidades de todos los que la desean. Para obtenerla, debe buscarse religiosamente en la forma en que Dios se ha propuesto otorgarla. Se concede al hombre como refrigerio durante su peregrinación por este desierto hacia la Canaán celestial.

*Por ti,  
Fundados en razón, leales, justos y puros,  
Los vínculos más queridos y toda la caridad  
De padre, hijo y hermano fueron primero conocidos.  
Lejos esté de mí escribir de ti pecado o culpa,  
O pensar que no convienes al lugar más santo,  
¡Fuente perpetua de dulzuras domésticas!  
—Milton*

## CAPÍTULO 3

### DEBERES MUTUOS DEL ESPOSO Y LA ESPOSA

«*Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro.*» —1 Pedro 1:22

**E**l matrimonio es el fundamento de la familia. El apóstol dice que “es honroso en todos” (Hb. 13:4); y ha condenado como “doctrina de demonios” las opiniones de quienes prohíben casarse (véase 1 Timoteo 4:1–3). Fue instituido por Dios, establecido en el Edén, y honrado con la asistencia personal de Cristo. Proveyó ocasión para el primero de sus milagros espléndidos, mediante el cual probó ser el Hijo de Dios y Salvador del mundo. Pero el Espíritu Santo distingue el matrimonio con otra señal, cuando dice: «Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia» (Ef. 5:32).

Muchos piensan que el término *misterio* no tiene alusión al matrimonio, sino que se aplica exclusivamente a la unión de Cristo y la iglesia. Si este fuera el caso, parecería difícil explicar por qué se menciona el matrimonio en todo, o qué relación tiene con el asunto tratado. Además, el apóstol hace referencia dos veces a la obra mediadora de Cristo cuando exhorta a los deberes del esposo y de la esposa, lo cual parece confirmar que considera la unión matrimonial como un tipo o símbolo de la estrecha y querida relación de la iglesia con su divino Redentor. Tal visión del matrimonio le confiere la mayor santidad y honor.

El matrimonio distingue al hombre de las bestias. Provee no solo para la continuación de la raza humana, sino también para su consuelo. Contiene a la vez la fuente de la felicidad humana y todas aquellas emociones virtuosas y sensibilidades generosas que refinan y embellecen el carácter humano. Como tema general, el matrimonio jamás puede ser custodiado con demasiado cuidado; y, en cada caso particular, no puede ser emprendido con demasiada prudencia ni atención.

En proporción a la importancia de la relación matrimonial, debe haber una visión correcta y un cumplimiento adecuado de sus obligaciones.

## Amor

La primera obligación, y la base de todas las demás, es el amor. Si falta el amor, el matrimonio se degrada de inmediato a un pacto brutal o mezquino.

*El amor es una planta de nacimiento más santo  
Que cualquiera que eche raíz en la tierra;  
Una flor del cielo, que es crimen contar  
Entre las cosas del tiempo.*

El amor es especialmente requerido del esposo, por razones que consideraremos en su debido lugar; pero también pertenece igualmente a la esposa. El amor debe ser mutuo, o no puede haber felicidad—ni para la parte que no ama, ni para la que sí ama. ¡Cuán espantosa es la idea de estar encadenado de por vida a un individuo por quien no se siente afecto, de estar casi siempre en compañía de alguien que produce repulsión, y sin embargo ser obligado por un vínculo que impide toda separación y escape! Ni puede haber felicidad para quien sí ama: un afecto no correspondido debe extinguirse pronto o subsistir solo para consumir el corazón miserable en el que arde.

Una pareja casada sin afecto mutuo es una de las cosas más lamentables que se pueden ver sobre la tierra. No pueden, y en verdad, en circunstancias ordinarias no deben separarse, y sin embargo permanecen unidos solo para ser tormento el uno para el otro. No obstante, cumplen un propósito importante en la historia de la humanidad: ser una señal de advertencia para todos los que aún no están casados, para prevenirles contra el pecado y la necedad de formar esta unión sobre cualquier otro fundamento que no sea el de un afecto puro y mutuo, y para amonestar a todos los que ya están casados a velar con la mayor diligencia sobre su amor mutuo, para que nada se permita que apague la llama sagrada.

Así como la unión debe formarse sobre la base del amor, así también debe cuidarse mucho, especialmente en las primeras etapas, que no surja nada que perturbe o debilite el afecto. Por mucho conocimiento que se obtenga del carácter, gustos y hábitos del otro antes del matrimonio, este no será ni tan exacto, ni tan completo, ni tan profundo como el que se adquiere viviendo juntos. Es de suma importancia que, cuando los pequeños defectos se notan por primera vez, y aparecen las faltas triviales o las oposiciones menores, no se les permita dejar una impresión desfavorable en la mente.

Tanto el hombre como la mujer deben evitar igualmente toda ofensa mutua al comienzo de su vida juntos. Toda cosa pequeña puede marchitar un brote infantil. El suave viento del sur puede sacudir los tiernos zarcillos

de la vid cuando apenas comienzan a enroscarse como los rizos de un niño recién destetado; pero cuando con los años se endurecen hasta volverse tallo firme, y han producido, por los cálidos rayos del sol y los besos del cielo, sus racimos, pueden soportar las tormentas del norte y el estruendo de la tempestad sin quebrarse. Así también, en el periodo temprano, un nuevo matrimonio tiende a ser vigilante y observador, celoso y ocupado, inquisitivo y cuidadoso, y propenso a alarmarse ante cada palabra áspera o poco amable.

Las debilidades de las personas no se manifiestan en las primeras escenas, sino solo después de convivir algún tiempo. Cuando la debilidad aparece por primera vez, no se percibe como un accidente o una flaqueza, sino que se interpreta como falta de amor o de prudencia. Y lo que al principio parece un mal, suele asustar al hombre o a la mujer inexperta, llevándolos a sacar conclusiones injustas e imaginar grandes tristezas a partir de proporciones exageradas por una novedad de desagrado.

Pero una vez que los corazones del esposo y la esposa se han entrañado por la mutua confianza y la experiencia —por más tiempo del que podría durar cualquier fingimiento—, los muchos recuerdos y las vivencias presentes deshacen por completo toda pequeña desavenencia.

Que cada esposo y esposa sean diligentes en suprimir las pequeñas molestias. Tan pronto como broten, deben ser cortadas de raíz y pisoteadas. Si se les permite crecer y multiplicarse, hacen que el espíritu se torne irritable, que el tiempo compartido sea fastidioso, y que los afectos se debiliten y se incomoden por un distanciamiento habitual.

Hay hombres que se angustian más por una mosca que por una herida. Cuando los mosquitos interrumpen el sueño y perturban la razón —aunque no lleguen a despertarnos del todo—, a menudo el malestar es mayor que el que sentiríamos al luchar, con la mente plenamente alerta, contra un enemigo poderoso. En los frecuentes y pequeños incidentes de la vida familiar, la razón del hombre no puede permanecer siempre en vela; y cuando sus palabras resultan imperfectas, y una leve molestia aumenta su inquietud, pronto se ve arrastrado a una pasión violenta. Sin duda, tanto el hombre como la mujer se hallan en un estado de debilidad y necedad cuando pueden ser perturbados por un hecho insignificante; por ello, no conviene ponerlos a prueba cuando se encuentran en una condición tan peligrosa.

En tal caso, el remedio es no añadir más combustible a la llama repentina. Aunque la paja pueda encenderse rápidamente, también se apaga pronto si nadie sopla sobre ella con persistencia ni la alimenta con nueva leña. No se añadan provocaciones al suceso, ni se avive el que ya ocurrió, y la paz volverá pronto. El descontento pasará rápidamente, como las chispas

del pedernal y el acero. Recordemos siempre que el descontento basado en las pequeñas cosas cotidianas engendra una enfermedad secreta que es extremadamente peligrosa.

Si desean preservar el amor, deben estudiar con precisión y cuidado los gustos y aversiones del otro, y abstenerse con sumo esmero de todo lo que sepan que contraría esos gustos, aun en las cosas más pequeñas. Los antiguos, en sus alegorías matrimoniales, solían representar a Mercurio de pie junto a Venus, para significar que el lenguaje amable y las dulces peticiones debían unir las mentes de los esposos entre sí.

Si desean conservar el amor, deben evitar cuidadosamente toda distinción demasiado precisa y repetida entre lo *mío* y lo *tuyo*. Este [egoísmo] es la causa de todas las leyes, pleitos y guerras en el mundo. Que los que ante la ley son considerados uno solo, también tengan un solo interés en lo que poseen. Puede haber situaciones en las que los esposos necesiten mantener propiedades separadas. En algunos casos, la mujer podría requerir el derecho independiente de administrar sus bienes. En tal caso, el esposo debe tener sumo cuidado de no invadir su derecho, y la esposa no debe jactarse de su derecho, ni reclamarlo obstinadamente, ni ejercerlo con egoísmo.

En casos ordinarios, “deberían ser herederos el uno del otro, si mueren sin hijos; y si hay hijos, la esposa debe ser, junto con ellos, partícipe de la herencia. Pero durante la vida del esposo y de la esposa, el uso y empleo [de sus bienes] es común para las necesidades de ambos, y en esto tienen los mismos derechos, excepto que el hombre tiene la administración de todo. Él puede retenerlo de su esposa, del mismo modo que el gobernador de una ciudad puede retenerlo del dueño legítimo; tiene el *poder*, pero no el *derecho* para hacerlo”.

## **Respeto mutuo**

El respeto mutuo es un deber de la vida matrimonial. Aunque, como consideraremos más adelante, una reverencia especial de este es debida por parte de la esposa, también el respeto es debido por parte del esposo. Ya que es difícil respetar a quienes solo reclaman ese respeto por razón de su rango superior o por una relación común, es de suma importancia que nos tratemos con una conducta que merezca respeto.

La estima moral es uno de los apoyos y protecciones más firmes del amor. Un carácter excelente siempre produce estima. En el matrimonio nos conocemos mutuamente con más exactitud que como nos conoce el mundo, e incluso más que como nos conocen nuestros propios sirvientes o nuestros hijos. La privacidad de esta relación expone nuestros motivos y todo el

interior de nuestro carácter, de tal modo que nos conocemos entre nosotros mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos. Por tanto, si queremos ser respetados, debemos ser respetables.

La caridad cubre multitud de faltas, es cierto; pero no debemos abusar de la credulidad ni de la ceguera del afecto. Hay un punto más allá del cual ni siquiera el amor puede ser ciego ante la mancha roja de una acción pecaminosa. Cada acto de pecado real tiende a hundirnos en la estima del otro, y así elimina los resguardos del afecto. Quizás esto no ha sido suficientemente considerado en la vida matrimonial. Los esposos y las esposas suelen estar ansiosos de ocultar sus faltas al mundo, olvidando que es cosa terrible perder el respeto de su cónyuge. Es encantador observar cómo algunas parejas nobles se miran mutuamente —cuánta reverencia se mezcla con su amor, y cómo se contemplan el uno al otro como formas angélicas de excelencia celestial.

En la vida matrimonial, entonces, debe haber el más claro e inquebrantable respeto mutuo, incluso en las cosas pequeñas. No debe haber búsqueda de faltas, ni examen minucioso con lupa de defectos que no pueden ocultarse. No debe haber apodos hirientes, ni desprecio grosero, ni descortesía, ni frialdad negligente. Debe haber cortesía sin ceremonia, amabilidad sin formalidad, atención sin servidumbre. En resumen, debe ser la ternura del amor sostenida por el respeto y guiada por la cortesía.

Y, además, debemos mantener nuestra respetabilidad mutua ante los demás. Extraños, amigos, sirvientes e hijos deben ser llevados a respetarnos por lo que ven en nuestro comportamiento. Es totalmente impropio que cualquiera de las partes haga una acción, diga una palabra o asuma una actitud que pudiera tener la más remota tendencia a disminuir al otro en la estima de los demás.

## **Apego mutuo**

El apego mutuo a la compañía del otro es un deber común del esposo y de la esposa. Hemos sido unidos para ser compañeros, para vivir juntos, caminar juntos, hablar juntos. Al esposo se le manda “habitar con su esposa sabiamente” (1 P. 3:7). Esto —dice el Sr. Jay— no significa menos que residencia, en oposición a la ausencia o el vagar. Es absurdo que aquellos que no tienen perspectivas de vivir juntos se casen. Y los que ya están casados no deben estar fuera de casa innecesariamente. Por supuesto, diversas circunstancias harán que ocasionalmente sea inevitable alguna salida, pero que el hombre regrese tan pronto como haya cumplido el propósito de su ausencia. Que siempre viaje con estas palabras de Salomón en su mente: «Cual ave que se va de su nido, tal es el hombre que se va de su lugar» (Pr. 27:8). ¿Puede un hombre cumplir los deberes que debe a su

hogar mientras está lejos de casa? ¿Puede disciplinar a sus hijos? ¿Puede sostener el culto a Dios en su familia?

Sé que es deber de la esposa dirigir las devociones cuando el esposo está ausente; y debe asumirlo, si no como un privilegio en ese momento, al menos como una cruz que le corresponde llevar. Sin embargo, son pocas las esposas dispuestas a hacerlo, y así, uno de los santuarios de Dios queda cerrado por semanas y meses. Lamento decir que hay esposos que parecen preferir cualquier otra compañía antes que la de sus esposas. Esto se hace evidente en cómo emplean sus horas de ocio. ¡Qué pocas de estas [horas] se le conceden a la esposa! La tarde es el mejor momento del día para la familia. La esposa tiene especial derecho a ese tiempo vespertino con su esposo. Es entonces cuando se halla más libre de sus múltiples ocupaciones y más disponible para disfrutar de la lectura y la conversación. Es una triste reflexión sobre un hombre cuando le agrada pasar sus tardes fuera del hogar. Ello implica algo malo, y predice algo peor.

Y para asegurar, en lo posible, la presencia de su esposo junto al hogar, que la esposa sea “cuidadosa de su casa” (cf. Tit. 2:5), y haga todo cuanto pueda para que ese hogar sea tan atractivo como el buen carácter, la pulcritud y la conversación alegre y afectuosa puedan hacerlo. Que se esfuerce por hacer de su hogar el verde mullido sobre el cual el corazón de su esposo desee reposar bajo el sol de la felicidad familiar.

Podemos imaginar fácilmente que aun en el Paraíso, cuando el hombre no tenía visiones de crimen, ni voz de conciencia perturbada que le hiciera temer la soledad y huir de ella, incluso entonces, Adán prefería, al volver de su labor en el jardín, no hallar ausente a Eva de su morada. Desearía la sonrisa de su rostro para iluminar el suyo propio y la música de su voz para ser melodía de su alma. ¡Cuánto más, entonces, en su estado caído, con culpa en su conciencia y cuidados oprimiendo su corazón, necesita ahora el hombre el auxilio de la compañía de la mujer cuando regresa de su trabajo ansioso! Necesita de ella para ahuyentar el enjambre de preocupaciones zumbantes que se posan sobre su corazón para herirlo. Necesita que ella alise su frente arrugada por la tristeza y lleve tranquilidad a su pecho agitado por las pasiones. Necesita que ella, al mismo tiempo, reprenda y consuele su mente, que en cierta medida ha cedido a la tentación.

¡Oh mujer! Tú sabes a qué hora regresará el “amo de casa”, sea al mediodía, cuando el sol aún abruma al labrador con sus ardientes rayos, o al anochecer, cuando el calor y la carga del día ya han pasado. No permitas que llegue a casa cansado y desfallecido y encuentre que el pie que debía apresurarse a recibirlo anda errante a lo lejos, o que la mano suave que debía enjugar el sudor de su frente golpea la puerta de otras casas. Ni que halle un desierto donde debía entrar a un jardín, confusión donde debía ver orden, o

cualquier cosa desalentadora donde esperaba ver una pulcritud encantadora y atrayente. ¿Quién se sorprendería del doloroso desencanto y la amargura de un esposo descuidado y con el corazón herido? Se aleja de su propia puerta en busca del consuelo que deseaba disfrutar en casa, y anhela la compañía que esperaba hallar en su esposa. Soporta sustitutos de ambas cosas en casas ajenas.

Unidos para ser compañeros, el esposo y la esposa deben procurar, tanto como les sea posible, disfrutar de la mutua compañía. Doy gracias a Dios por ser ajeno al gusto que lleva a un hombre a abandonar su propio y cómodo salón, la grata compañía de su esposa, la instrucción y el recreo de una biblioteca bien surtida, o el apacible paseo vespertino por el campo al concluir la jornada, para ir en busca de entretenimiento en escenas de diversión pública. Según mi juicio, los placeres del hogar y de la compañía doméstica, cuando son lo que deberían ser, son tales que jamás cansan y no requieren cambio—salvo tal vez el cambio de una escena familiar por otra. Suspiro y anhelo, tal vez en vano, por un tiempo en que la sociedad esté tan elevada y purificada, el amor por el conocimiento sea tan intenso, los hábitos de vida tan sencillos, y la religión y la moralidad tan ampliamente difundidas, que los hogares de los hombres sean el centro y el círculo de sus deleites. Anhelo el día en que cada hombre halle su mayor gozo terrenal en la compañía de una esposa afectuosa e inteligente y de unos hijos bien educados. Anhelo el tiempo en que los hombres sientan que no es necesario dejar su propio hogar para buscar su felicidad en el salón de baile, el concierto o el teatro. Entonces ya no será necesario probar que los entretenimientos públicos son impropios, porque se verá que son innecesarios.

Pero los placeres del hogar no deben interferir con los llamados y las demandas del deber público. Las esposas no deben pedir, ni los esposos conceder, ese tiempo que es requerido para la causa de Dios y del prójimo. Esta es una era de caridad activa, y las grandes instituciones públicas no pueden mantenerse sin grandes sacrificios de tiempo y ocio por parte de muchas personas. Aquellos que, por su sabiduría, talentos, posición o bienes, reciben la confianza del público, deben estar preparados para ocupar y conducir los departamentos ejecutivos de nuestras sociedades. Tampoco deben permitir que los suaves atractivos de su propio hogar los aparten del evidente puesto del deber.

Hemos conocido a algunos que, antes de casarse, eran los pilares de nuestras instituciones, y luego cedieron tanto a los llamados de su nuevo y más querido amigo terrenal que abandonaron su puesto de gestión para siempre. Admito que es una ofrenda costosa a la causa de la religión o la humanidad dedicar las horas de la tarde que podrían pasarse tan

agradablemente en un paseo campestre o leyendo juntos un libro interesante. Pero ¿quién puede hacer el bien sin sacrificios? Conozco a un ministro muy santo y útil que le dijo a la dama con la que iba a casarse que una de las condiciones de su matrimonio era que ella nunca le pidiera el tiempo que, en alguna ocasión, él sintiera como deber dedicar a Dios. Sin duda, cualquier mujer debería considerarse más bendecida teniendo que soportar ocasionalmente la pérdida de la compañía de su esposo cuando su presencia y talentos son codiciados por todas las instituciones públicas, que disfrutando sin interrupción de la compañía de uno a quien nadie busca por ayuda.

## **Tolerancia mutua**

La tolerancia mutua es otro deber. Se la debemos a todos, aun a un extraño o a un enemigo. ¡Cuánto más, entonces, no debe negarse al amigo más cercano! «El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Co. 13:4–7). Hay necesidad y lugar para esta caridad en toda relación de la vida. Dondequiera que exista pecado o imperfección, hay una oportunidad para la tolerancia del amor. No hay perfección en la tierra. Es cierto que los enamorados suelen imaginar que la han encontrado, pero el juicio más sobrio de la vida matrimonial corrige generalmente ese error. Las primeras impresiones de este tipo suelen desvanecerse junto con el primer amor.

Debemos todos entrar al matrimonio conscientes de que estamos por unirnos a una criatura caída. En todo caso, no son dos ángeles los que se encuentran, sino dos hijos pecadores de Adán, de quienes se ha de esperar mucha debilidad y desvío. Debemos disponernos a soportar alguna imperfección; y, recordando que nosotros mismos tenemos no poca parte de imperfección que exige tolerancia por parte de nuestro cónyuge, debemos ejercer la paciencia que esperamos de él o ella. Tanto el esposo como la esposa tienen debilidades, y están tan constantemente juntos que surgirán innumerables ocasiones para la contienda. Si estamos ansiosos, o incluso dispuestos, a contender, esas ocasiones interrumpirán temporalmente el amor—si no es que lo suprimen por completo. Debemos simplemente pasar por alto muchas cosas; otras debemos dejarlas pasar con mente serena; y, en todas las cosas, evitar con sumo cuidado incluso una discusión aparentemente inocente.

El afecto no prohíbe, sino que en realidad exige, que nos señalemos mutuamente nuestras faltas; pero esto debe hacerse con toda la mansedumbre de la sabiduría y con toda la ternura del amor. De otro modo,

podríamos aumentar el mal que deseamos corregir, o reemplazarlo por uno mayor. Tanto la justicia como la sabiduría requieren que siempre pongamos las buenas cualidades frente a las malas. En la mayoría de los casos, hallaremos *algunas* excelencias redimidas que, si bien no logran reconciliarnos del todo con las fallas que deploramos, al menos deberían enseñarnos a soportarlas con paciencia. Cuanto más contemplemos estos aspectos mejores del carácter de una persona, con mayor brillo aparecerán. Es cierto que, mientras los defectos disminuyen, las virtudes se engrandecen en la medida en que se las contempla de forma constante.

En cuanto al lenguaje amargo y la conducta violenta, son tan completamente vergonzosos que apenas hace falta mencionarlos, aun a modo de advertencia. Se nos informa que los antiguos tomaban la vesícula biliar de los animales sacrificados en los ritos matrimoniales y la arrojaban detrás del altar, para significar la eliminación de toda amargura del matrimonio.

## **Asistencia mutua**

La asistencia mutua es un deber tanto del esposo como de la esposa. Esto aplica a los *cuidados de la vida*. Aunque las mujeres no suelen estar tan familiarizadas con los asuntos del comercio, aun así, su consejo puede ser buscado en mil circunstancias, en beneficio del esposo. El esposo nunca debería emprender algo importante sin comunicar el asunto a su esposa. Por su parte, ella, en vez de evitar la responsabilidad de ser consejera y dejarlo solo en la lucha con sus dificultades, debería invitarlo a compartir libremente todas sus ansiedades. Si no puede aconsejar, puede consolar. Si no puede aliviar sus preocupaciones, puede ayudar a llevarlas. Si no puede dirigir el curso de su actividad comercial, puede guiar el cauce de sus sentimientos. Si no puede abrir ninguna fuente de sabiduría terrenal, puede presentar el asunto ante el Padre y Fuente de toda luz. Muchos hombres intentan proteger a sus esposas guardándose todas sus dificultades para sí mismos; pero esto solo las prepara para sentir el golpe con mayor peso cuando finalmente llegue.

Asimismo, así como la esposa debe estar dispuesta a ayudar al esposo en los asuntos del trabajo, él también debe estar dispuesto a compartir con ella la carga de las ansiedades y fatigas del hogar. Algunos van demasiado lejos y degradan por completo a la cabeza femenina de la familia, tratándola como si no fuera digna de confianza ni capaz para el manejo de la economía doméstica. Conservan el dinero y lo reparten como si se tratara de su propia sangre vital, escatimando cada moneda que entregan y exigiendo un control tan riguroso como el que tendrían con una sirvienta sospechosa. Asumen el control de todo, distribuyen todo, se entrometen en todo. Esto es robarle

autoridad a la mujer, derribarla de su lugar legítimo, insultarla y degradarla delante de sus hijos y sirvientes.

Otros, en cambio, caen en el extremo opuesto y no participan en nada. Mi corazón se ha quebrantado al ver la esclavitud de algunas esposas abnegadas, trabajadoras y maltratadas. Después de laborar todo el día entre los incesantes afanes de una familia joven y numerosa, han tenido que pasar solas las horas de la noche. Sus esposos, en lugar de volver al hogar para alegrarlas con su compañía o aliviarles, aunque fuera media hora de fatiga, han estado en alguna reunión social o sermón. Luego, estas pobres mujeres han debido velar y cuidar toda la noche a un bebé enfermo o inquieto, mientras los hombres —a quienes aceptaron como compañeros en sus aflicciones— dormían a su lado, sin estar dispuestos a ceder una sola hora de su descanso, aunque ello permitiera a sus esposas, agotadas por el trabajo, obtener un poco de alivio.

Aun los animales dejan a estos hombres en vergüenza. Es bien sabido que el ave macho toma su turno sobre el nido durante la incubación, para permitir que la hembra renueve sus fuerzas mediante alimento y descanso. Junto a ella, busca con diligencia alimento y da de comer a las crías cuando estas claman. Ningún hombre debería pensar en casarse si no está dispuesto a compartir con su esposa, en la medida de sus posibilidades, los cuidados de las responsabilidades del hogar.

También deben ayudarse mutuamente *en su vida espiritual*. Este deber está claramente implicado por el apóstol: «¿Porque qué sabes tú, oh mujer, si quizás harás salvo a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si quizás harás salva a tu mujer?» (1 Co. 7:16). Cuando solo uno de los cónyuges es verdaderamente creyente, ese debe hacer los más diligentes, cuidadosos y afectuosos esfuerzos por la salvación del otro. Y cuando ambos esposos son verdaderos cristianos, deben ejercer un cuidado constante y una vigilancia amorosa por el bienestar espiritual y eterno del uno por el otro.

*¡Cuán bendito es el lazo sagrado  
que une en dulce armonía a dos mentes concordes!  
¡Cuán veloz es su curso hacia el cielo,  
cuando sus corazones, su fe y sus esperanzas son uno!*

Uno de los propósitos que un creyente debe tener en mente al entrar en el matrimonio es asegurarse un amigo fiel: un amigo que sea su ayuda idónea con respecto a la vida venidera; que lo asista en la gran obra de la salvación de su alma; que ore por él y con él. Tal cónyuge le hablará con afecto acerca de sus pecados y defectos, vistos a la luz del cristianismo; lo atraerá con el poder de un ejemplo santo y la dulce fuerza de palabras persuasivas; lo amonestará en la tentación, lo consolará en la aflicción, y lo asistirá de toda manera posible en su peregrinaje hacia la gloria.

El propósito último del matrimonio se pierde si no resulta útil para la vida espiritual; y sin embargo, este propósito es con demasiada frecuencia descuidado, aun por quienes profesan la fe. ¿Nos hablamos mutuamente como deberíamos sobre los sublimes temas de la redención por medio de Cristo y la salvación eterna? ¿Estudiamos las disposiciones, trampas, aflicciones y decaimientos espirituales del otro, a fin de aplicar los remedios adecuados? ¿Nos exhortamos cada día, para que ninguno sea endurecido por el engaño del pecado? ¿Somos fieles al reprender, pero sin espíritu crítico? ¿Elogiamos, pero sin adulación? ¿Nos invitamos mutuamente a los medios públicos de gracia más vivificantes y edificantes, y recomendamos aquellos libros que nos han sido de beneficio? ¿Expresamos abiertamente el estado de nuestra mente respecto a las cosas espirituales? ¿Compartimos nuestras perplejidades, gozos, temores y tristezas? ¡Ay, ay! ¿Quién no tendría que sonrojarse ante sus descuidos en estos aspectos? Y, sin embargo, tales descuidos son tan criminales como comunes. ¡Huyendo de la ira venidera, y sin hacer todo lo posible para ayudarnos mutuamente a escapar! ¡Contendiendo lado a lado por la corona de gloria, honor, inmortalidad y vida eterna, y sin hacer todo lo que esté en nuestras manos para asegurar el éxito del otro! ¿Es esto amor? ¿Es esta la ternura propia del afecto conyugal?

Esta ayuda mutua debe extenderse *al sostenimiento de todos los hábitos de orden, disciplina y piedad familiar*. El esposo ha de ser el profeta, sacerdote y rey del hogar: para instruir las mentes, guiar la devoción y gobernar los afectos. Pero en todos estos importantes fines, la esposa ha de estar unida a él en pensamiento y propósito. Ambos deben colaborar juntos en todo esto, sin que uno deje al otro trabajar solo, mucho menos oponiéndose a lo que se hace. “Cuando el sol brilla, la luna desaparece; cuando él se oculta, ella aparece y resplandece. Así, cuando el esposo está en casa, él dirige el culto doméstico; cuando está ausente, la esposa debe ocupar siempre su lugar”.

Algunos hombres dejan la instrucción de los hijos pequeños exclusivamente a sus esposas, y algunas esposas, tan pronto como los hijos han crecido lo suficiente para no ser enseñados en el regazo, piensan que ya son responsabilidad exclusiva del padre. Esto es un error en la importante economía del hogar: los hijos nunca son demasiado jóvenes para ser enseñados y disciplinados por el padre, ni demasiado mayores para ser amonestados y advertidos por la madre. Él puede tener una gran influencia para imponer respeto a los espíritus rudos de los más jóvenes; mientras que sus suaves y persuasivas palabras pueden tener un poder delicioso para ablandar o quebrantar los corazones duros y obstinados de los mayores. Así, siendo la familia de ambos, ambos deben cuidarla.

También deben ayudarse mutuamente *en la generosidad humanitaria y la benevolencia religiosa*. Su influencia mutua no debe frenar, sino estimular el celo, la compasión y la liberalidad. ¡Qué hermoso cuadro de vida familiar nos traza la pluma del historiador del Antiguo Testamento! «Aconteció también que un día pasaba Eliseo por Sunem; y había allí una mujer importante, que le invitaba insistentemente a que comiese. Y cuando él pasaba por allí, venía a la casa de ella a comer. Y ella dijo a su marido: He aquí ahora, yo entiendo que este que siempre pasa por nuestra casa, es varón santo de Dios. Yo te ruego que hagamos un pequeño aposento de paredes, y pongamos allí cama, mesa, silla y candelero, para que cuando él viniere a nosotros, se quede en él. Y aconteció que un día vino él por allí, y se quedó en aquel aposento, y allí durmió» (2 R. 4:8–11).

Cada parte de esta escena es encantadora: el deseo generoso y piadoso de la esposa de hospedar a un profeta necesitado; su pronta y prudente disposición de incluir a su esposo en su plan de benevolencia; su discreción al no actuar sin su consentimiento; y su digna afirmación del derecho a participar con él en esta obra de misericordia. Ella dijo: «Hagamos un pequeño aposento de paredes». Todo en ella es agradable y apropiado; y no menos lo es en el caso de él: no hubo rechazo áspero, ni orgulloso desdén hacia el plan por no haber surgido de él; tampoco una excusa avara que lo descartara por representar un gasto excesivo.

Todo esposo debería alegrarse de complacer los anhelos benévolos de su esposa y apoyar sus planes generosos, en la medida en que la prudencia lo permita. Así pues, él consintió. El pequeño aposento fue edificado y amueblado por esta santa pareja, y pronto fue ocupado por el profeta. Y nunca una acción generosa fue tan rápida ni tan ricamente recompensada. Eliseo no tenía medios propios con los cuales reconocer aquella bondad, pero Aquel que más tarde dijo: «El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá» (Mt. 10:41), asumió como Suyo — como hace en todo caso— el cuidado de Su siervo necesitado, y recompensó con generosidad el acto generoso.

No hay escena más hermosa en la tierra que la de una pareja piadosa que emplea su influencia mutua y sus horas compartidas para encender en el otro el fuego de la misericordia y la benevolencia religiosa. Ni siquiera Adán y Eva en el Paraíso, con sus vestiduras inmaculadas de inocencia, ocupados en apuntalar la vid o en guiar el crecimiento de las rosas en aquel jardín santo, ofrecieron a los ojos de los ángeles un espectáculo más interesante que este. ¡Qué contraste representa una pareja así frente a tantas otras que, por doquier, calculan no cuánto pueden ahorrar de sus gastos innecesarios para dar a la causa de Dios y del prójimo, sino cuánto pueden

retener de los reclamos de la benevolencia para derrochar en muebles lujosos o en comodidades del hogar!

Muchas esposas tratan de enfriar el fervor, limitar la generosidad y restringir las obras de caridad de sus esposos. Algunas se quejan sin cesar de que él hace demasiado por otros y muy poco por su propia familia. Empujan al buen hombre —aun siendo dueño de sus bienes— a ejercer su liberalidad en secreto. ¿Y cuál es, con frecuencia, el objetivo de tales mujeres? Nada más que una ambición orgullosa o una vana necesidad. Quieren gastar lo que ahorran de la caridad en vestidos, muebles o fiestas.

Alguien podría preguntar si es correcto que una esposa done parte de los bienes de su esposo en causas humanitarias o de benevolencia religiosa. Tal pregunta no debería ser necesaria. Ninguna mujer debería verse forzada a escoger entre no hacer nada por Dios y por el prójimo, o hacer lo que pueda a escondidas. El esposo debería poner a su disposición una suma razonable, que le permita gozar del privilegio de hacer el bien. ¿Por qué no ha de figurar ella con su propio nombre en la honrosa lista de benefactores, y brillar con luz propia y distinta, en lugar de quedar siempre opacada por el resplandor de nuestra misericordia registrada? ¿Por qué no ha de tener ella su propio ámbito de esfuerzo benévolo? ¿Por qué habríamos de monopolizar para nosotros solos las bendiciones de aquellos que están a punto de perecer?

Es una degradación para la mujer casada no tener voz en este asunto: no tener libertad para compartir, ni autoridad para dar, aun en casos que son más propios de su sensibilidad como mujer. Es una humillación forzarla a mendigar primero de su esposo aquello que otros vienen a pedirle a ella. Ahora bien, si está unida, para su desgracia, a un Nabal —a un avaro, cuyo mezquino y codicioso carácter no da nada ni por humanidad ni por religión—, ¿puede entonces ella compensar la deficiencia de su esposo y distribuir su propiedad sin su conocimiento? Me siento fuertemente tentado a responder afirmativamente a esta pregunta. El hombre pronunció solemnemente en el matrimonio: “Con todos mis bienes te honro”, lo cual podría invertir en la esposa un derecho de copropiedad y de disposición. Si en algún caso podemos apartarnos de la norma ordinaria y tomar al hombre según su propia palabra, es en un caso como este.

Sin embargo, no debemos sacrificar principios generales por causa de casos excepcionales; por tanto, a toda mujer que se halle en tales circunstancias le digo: procure, si le es posible, obtener una asignación fija y separada para obras de caridad. Y si ni siquiera esto puede obtener, procure al menos una provisión para sus gastos personales generales, y, mediante una frugalidad rigurosa, ahorre todo lo que pueda de vestido y adornos para el santo propósito de aliviar la miseria ajena.

## Simpatía mutua

La enfermedad puede requerir este tipo de entrega, y la mujer parece estar naturalmente formada e inclinada para ofrecerla.

*¡Oh mujer! En horas de bienestar,  
Incierta, esquiva<sup>6</sup> y difícil de agradar,  
Inconstante como sombra incierta  
Que entre luces y álamos se dispersa.  
Mas cuando el dolor tu frente oprime,  
¡Ángel que ministra eres sublime!*

Aunque me resisto, e incluso soy incapaz de aceptar la verdad de la primera parte de esta descripción, asiento sin reservas a la verdad de la segunda. Si *pudiéramos* prescindir de ella y ser felices en la salud, ¿qué somos entonces en la enfermedad sin su presencia y su tierno cuidado? ¿Puede el hombre suavizar, como lo hace la mujer, la almohada donde reposa la cabeza del enfermo? No. No podemos administrar los remedios ni los alimentos como ella. Hay una suavidad en su toque, una ligereza en su paso, una destreza en sus cuidados, una simpatía que desciende desde su mirada radiante —y todo esto nos falta a nosotros. No son pocas las mujeres que han ganado nuevamente el corazón frío y distante de su esposo por medio de sus atenciones dedicadas y bondadosas en un tiempo de enfermedad, cuando ni sus encantos podían retenerlo ni sus méritos lo conmovían antes.

Ruego, por tanto, a las mujeres casadas, que pongan todo su empeño en consolar y agradar en los tiempos de enfermedad de su esposo. Que él vea en ustedes la disposición de sacrificar placer, comodidad o sueño para atender a su bienestar. Que haya una ternura en su trato, una atención vigilante y una simpatía en su mirada, algo que parezca decir: “Mi único consuelo en tu aflicción es ocuparme en aliviarla”. Escuchen con paciencia y amabilidad cuando él hable incluso de sus dolores más leves o imaginarios.

Pero esta simpatía no es deber exclusivo de la esposa; pertenece igualmente al esposo. Es cierto que él no puede cumplir por ella las mismas funciones que ella cumple por él; pero hay mucho que *sí puede* hacer, y todo lo que pueda hacer, *debe* hacerlo. Las enfermedades de ella suelen ser más numerosas y severas que las suyas. Es probable, por tanto, que ella haga llamados más frecuentes a su interés y ternura. Muchas de sus dolencias son consecuencia de haber llegado a ser su esposa. Tal vez estaba en plena salud hasta convertirse en madre. Desde ese momento, nunca volvió a tener una sensación perfecta de bienestar o fortaleza. El evento que trajo a su corazón

---

<sup>6</sup> *esquiva* – Modesta; reservada.

el gozo de la paternidad, le arrebató a ella los consuelos de la salud. ¿Y ha de mirar entonces él con disgusto, indiferencia o insensibilidad a la flor delicada que, antes de trasplantarla a su jardín, resplandecía en hermosura y fragancia para admiración de todos? ¿Ha de dejar *ahora* de mirar esa flor con gozo o compasión, como si deseara que desapareciera para hacer espacio a otra, olvidando que fue él mismo quien envió el gusano a su raíz, causando que su cabeza se inclinara y su color se desvaneciera?

Esposos, apelo a ustedes: que todo el arte y la ternura del amor se manifiesten en favor de sus esposas, si son débiles y enfermizas. Velad junto a su lecho, hablad con ellas, orad con ellas, velad junto a ellas. En todas sus aflicciones, sed afligidos también. Nunca escuchéis con desatención sus quejas. En tales momentos, la imaginación de ellas puede volverse inusualmente sensible. Y, oh, por todo lo que es sagrado en el afecto conyugal, os ruego que nunca les deis motivo para temer que la enfermedad que destruyó su salud haya hecho lo mismo con vuestro amor. Evitad toda insinuación de frialdad, toda expresión impaciente, todo gesto de descontento. ¡Ah, librad su corazón del tormento desgarrador de suponer que están viviendo para convertirse en una carga para vuestro espíritu decepcionado!

El hombre que niega su simpatía a una mujer afligida, cuyo único “pecado” es haber perdido la salud, y cuya calamidad es fruto de su matrimonio, es indescritiblemente cruel. No conozco nombre lo suficientemente severo para él. Tal hombre hace la obra de un asesino sin recibir su castigo, y a veces sin su reprensión, aunque no siempre sin intención ni sin remordimiento.

Pero la simpatía debe ejercerse entre esposo y esposa no solo con respecto a las enfermedades, sino ante toda aflicción, sea personal o relacional. Deben compartir todos sus dolores en común. Como dos cuerdas afinadas al unísono, el acorde del dolor no debería vibrar en el corazón de uno sin despertar una resonancia correspondiente en el corazón del otro. Como la superficie del lago que refleja el cielo, debería ser imposible que haya calma y sol en uno mientras hay tormenta en el otro. Corazón debe responder a corazón, y rostro a rostro.

## CAPÍTULO 4

# DEBERES ESPECIALES DEL ESPOSO Y LA ESPOSA

*«Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor...  
Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó  
a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella»  
—Efesios 5:22, 25*

### El deber de amor del esposo

**A**l exponer los deberes especialmente requeridos a las dos partes en la unión matrimonial, comenzaré con los del esposo. A él se le manda *amar* a su esposa.

*¿Por qué amor?*

Ya que hemos demostrado que el amor es un deber de ambas partes, surge muy naturalmente la pregunta: “¿Por qué se requiere de forma tan especial al esposo?”. ¿Por qué está él particularmente obligado al ejercicio del afecto? Quizá por las siguientes razones:

1. Porque él está naturalmente en mayor peligro de fallar en su deber. Colocado por el Creador como “cabeza de la mujer” (Ef. 5:23) e investido con cierto derecho a gobernar su casa, corre mayor riesgo de perder su sensibilidad tierna en su más fuerte conciencia de superioridad.

2. Porque el esposo tiende a ser más deficiente en este deber que la esposa. Esto siempre ha sido así en los países paganos y musulmanes. En las naciones paganas, especialmente, el amor conyugal siempre ha sido muy débil. Probablemente, aun en los países más civilizados de Grecia y Roma, no era tan generalmente fuerte y constante como lo ha hecho el cristianismo. Pero sin siquiera ir más allá de los límites de la cristiandad, puede decirse verdaderamente que los esposos suelen ser más deficientes en amor que las esposas. Las esposas, en mi opinión, superan a los esposos en ternura, fortaleza y constancia de afecto.

3. Porque la falta de amor en el hombre probablemente cause más miseria a su compañera [que la falta de amor en ella pueda causarle a él]. Un hombre puede ser más violento, más cruel y más depravado. Es probable

que la falta de este amor tierno en él tenga un efecto aún peor en su propio carácter y en la felicidad de su esposa, que la falta del mismo en ella. En cualquier caso, la falta de amor es algo terrible; pero en él es más espantosa por muchas razones.

### *El amor de Cristo como modelo*

El apóstol presenta dos modelos o reglas para el afecto del esposo. Uno es *el amor que Cristo ha mostrado por su iglesia*, y el otro es *el amor que un hombre tiene por sí mismo*.

Respecto al primero, mostraré las características del amor de Cristo y en qué forma nuestro afecto debe parecerse al suyo.

El amor de Cristo fue *sincero*. No amó solo de palabra, sino de hecho y en verdad. En Él no hubo fingimiento, ni palabras cariñosas de labios fingidos, ni acciones barnizadas con la mera apariencia de amor. Debemos ser como Él y conservar una estima real por nuestra esposa en el corazón, así como una muestra de ello en nuestras acciones. Es algo miserable tener que actuar el papel del amor sin sentirlo. La hipocresía es despreciable en cualquier cosa, pero después de la religión, es más despreciable en el amor. Además, ¡qué difícil es representar bien el papel y mantener la máscara sin ser descubierto! ¡Oh, la miseria del corazón de aquella mujer que finalmente descubre, para su desgracia, que lo que recibió y valoró como las atenciones de un amante no eran más que los trucos de un astuto engañador!

El amor del Redentor fue *ardiente*. Si queremos formarnos una idea correcta de cómo debe ser nuestro corazón hacia la mujer de nuestra elección, pensemos en el afecto que ardía en el pecho del Salvador cuando vivió y murió por su pueblo. Es cierto que no podemos tener el mismo tipo o grado de estima. Pero sin duda, tal Ejemplo delante de nosotros sirve como un maravilloso motivo, si no enteramente como un modelo. Nos enseña que ningún afecto débil es debido, ni debe ofrecerse, a la esposa de nuestro seno. Nuestro propio Salvador nos dice que, si Él dio su vida por nosotros, es nuestro deber dar la nuestra por los hermanos. ¡Cuánto más por “el amigo más unido que un hermano”! (Pr. 18:24). Y si es nuestro deber entregar la vida, ¡cuánto más emplearla mientras dure en todos los deberes de un afecto fuerte, constante e ingenioso! Ella ha dejado su hogar cómodo y el cuidado vigilante y el cálido abrazo de sus padres. Tiene derecho a esperar de nuestro amor aquello que la haga “olvidar la casa de su padre” (ver Sal. 45:10) y le haga sentir que no ha perdido nada con respecto a felicidad al haber dejado su hogar. ¡Feliz la mujer que puede mirar atrás sin suspirar al momento en que dejó para siempre a sus guardianes, compañeros y escenas de su infancia! Todo esposo debería esforzarse por hacer de su esposa una mujer tan feliz.

El amor de Cristo por su iglesia fue *supremo*. Él da al mundo su benevolencia, pero a la iglesia su deleite. «Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos» (Sof. 3:17). Así debe también el esposo considerar a su esposa por encima de todo lo demás; debe “reposar en su amor”. Debe estimarla no solo por encima de todos los que están fuera de su hogar, sino por encima de todos los que están dentro de él. Ella debe ocupar el primer lugar, tanto en su corazón como en su conducta, no solo sobre todos los extraños, sino también sobre todos sus parientes, e incluso sobre todos sus hijos. Debe amar a sus hijos por causa de ella, más que a ella por causa de ellos. ¿Es esto siempre así? Por el contrario, a menudo hemos visto a hombres que parecen estar mucho más interesados en sus hijos que en sus esposas. Los hombres a menudo prestan mucha menos atención a sus esposas que a hijas adultas. ¡Cuán especialmente inapropiado es que un hombre prefiera la compañía de cualquier otra mujer antes que la de su esposa, aun cuando no haya otra intención que el simple placer de su compañía! Tampoco debe abandonarla en sus horas de ocio por ninguno de sus amigos varones, por muy interesantes que sean sus actividades o conversaciones.

El amor de Cristo es *uniforme*. Como Él mismo, es el mismo ayer, hoy y por los siglos (Hb. 13:8). El amor del esposo debe tener un carácter uniforme. Debe ser el mismo en todo tiempo y en todo lugar—el mismo en casa que fuera de ella, en las casas ajenas como en la propia. ¿No hay muchas esposas que suspiran y exclaman: “¡Oh, si fuera tratada en mi propia casa con la misma ternura y atención que recibo en compañía!”? ¡Con qué casi repulsión y disgusto debe volverse tal mujer de esas muestras de afecto que solo puede considerar como pura hipocresía debido a las circunstancias! El hogar es el lugar principal para la atención afectuosa y cercana. Una esposa que recibe abundante atención en casa rara vez sentirá la necesidad o inclinación de quejarse de su falta fuera de casa—excepto aquellas mujeres necias que degradarían a sus esposos exigiendo no solamente lo que es verdaderamente amable, sino lo que en realidad es ridículo.

El amor del Redentor fue *práctico y laborioso*. Él proveyó todo, mediante su mediación, para el bienestar y consuelo de la iglesia. Todo esto lo hizo a costa propia y con esfuerzos que no podemos imaginar. Ya hemos mencionado que ambas partes deben colaborar en las tareas de la vida. Una buena esposa no puede ser una mujer ociosa. Hermoso es el retrato que de ella trazó el sabio: «Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas. El corazón de su marido está en ella confiado, y no carecerá de ganancias. Le da ella bien y no mal todos los días de su vida. Busca lana y lino, y con voluntad trabaja con sus

manos. Es como nave de mercader; trae su pan de lejos. Se levanta aun de noche y da comida a su familia y ración a sus criadas. Considera la heredad, y la compra, y planta viña del fruto de sus manos. Ciñe de fuerza sus lomos, y esfuerza sus brazos. Ve que van bien sus negocios; su lámpara no se apaga de noche. Aplica su mano al huso, y sus manos a la rueca. Alarga su mano al pobre, y extiende sus manos al menesteroso. No tiene temor de la nieve por su familia, porque toda su familia está vestida de ropas dobles. Ella se hace tapices; de lino fino y púrpura es su vestido. Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra. Hace telas, y vende, y da cintas al mercader. Fuerza y honor son su vestidura; y se ríe de lo por venir. Abre su boca con sabiduría, y la ley de clemencia está en su lengua. Considera los caminos de su casa, y no come el pan de balde. Se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada; Y su marido también la alaba: muchas mujeres hicieron el bien; mas tú sobrepasas a todas. Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; la mujer que teme a Jehová, ésa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla en las puertas sus hechos» (Pr. 31:10–31). Este retrato exquisito, que combina laboriosidad, prudencia, dignidad, mansedumbre, sabiduría y piedad, no puede ser estudiado con demasiada frecuencia ni demasiado detenimiento por aquellas que deseen alcanzar altos grados de excelencia femenina. El negocio de proveer para la familia, sin embargo, pertenece principalmente al esposo. Es su responsabilidad levantarse temprano, acostarse tarde, comer el pan de dolores y beber, si es necesario, las aguas de aflicción, para que pueda ganar, con el sudor de su frente, un sustento cómodo para el círculo familiar. Esto es probablemente lo que el apóstol quiso decir cuando mandó que se dé *honra* a la esposa como a vaso más frágil. Es la honra del sustento, ya que ella no está tan capacitada para obtenerlo por sí misma, debido a su debilidad corporal y las frecuentes dolencias que conlleva la maternidad.

En general, una familia se beneficia más cuando una mujer casada dedica su tiempo y atención casi exclusivamente a su hogar. Su lugar está en el centro de los cuidados domésticos. Lo que ella gana en el comercio, a menudo se pierde en el hogar por la falta de su cuidado materno y administración. La comodidad y el orden son riquezas domésticas tanto como el dinero. ¿Pueden razonablemente esperarse estas cosas en ausencia de la gestión femenina? Los hijos siempre necesitan el ojo y la mano de una madre—y siempre deberían tenerlos. Que el esposo, entonces, tenga el cuidado de proveer, y que la esposa tenga el cuidado de distribuir según las necesidades de la familia. Esta es la regla tanto de la razón como de la revelación.

Y así como Cristo trabajó por su iglesia, no solo durante su estancia en la tierra, sino que también proveyó para su bienestar al partir de nuestro

mundo, de igual manera debe el esposo cuidar de su esposa. Nunca he podido comprender lo apropiado de la costumbre común de los hombres de disponer en sus testamentos más para los hijos que para la madre. ¿Acaso esto parece amor supremo? Es, de hecho, sumamente cruel dejar a una esposa privada de golpe tanto de su más querido amigo terrenal como de los medios habituales de una subsistencia cómoda.

El amor práctico por la esposa se extiende a todo. Su amor debe manifestarse en la atención más cuidadosa a su comodidad y a sus sentimientos. Debe complacer sus gustos, ocultar sus defectos, nunca hacer nada que la degrade, sino todo lo posible por exaltarla ante sus hijos y sirvientes. Debe reconocer sus excelencias y elogiar sus esfuerzos por agradecerle. Debe atender y aun anticiparse a todas sus peticiones razonables. En resumen, debe hacer todo lo que la imaginación pueda inventar para su felicidad y bienestar general.

El amor de Cristo por su iglesia fue *duradero e inmutable*. «Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn. 13:1), sin disminuir ni cambiar. Así también deben los esposos amar a sus esposas, no solo al principio, sino hasta el fin de su unión. Los esposos deben amar a sus esposas aun cuando los encantos de la belleza hayan desaparecido bajo la marchita influencia de la enfermedad; cuando el cuerpo, antes ágil, haya perdido su elasticidad, y el paso se haya vuelto lento y vacilante; cuando las arrugas de la edad hayan reemplazado la frescura juvenil, y toda la persona parezca más bien un monumento que una semejanza de lo que alguna vez fue. ¿No ha ganado ella en mente lo que ha perdido en encanto exterior? ¿No han florecido sus gracias mentales en medio de las ruinas de la atracción física? Si la rosa y el lirio han desaparecido de sus mejillas, ¿no han crecido en su alma los frutos de justicia? Las flores que el ojo de la pasión juvenil contemplaba con tanto ardor han partido. ¿No han dado paso al fruto maduro de la excelencia cristiana? La mujer no es lo que era, pero la esposa, la madre, la cristiana, son mejores de lo que fueron. Para un ejemplo de amor conyugal en todo su poder y excelencia, no me señalen a la novia y al esposo recién casados, llenos de vigilancia y ternura durante el primer mes de matrimonio. Más bien, déjenme ver a un esposo y a una esposa en sus cincuenta años, cuyo amor ha sido probado por el paso y los cambios de un cuarto de siglo, y quienes, durante este periodo, han crecido en afecto y estima mutua. Su afecto, aunque no brille con todo el ardor de un día de verano, todavía es como la luz del sol de un mediodía de octubre: cálido y hermoso, reflejado entre los tonos otoñales.

*El amor por sí mismo como modelo*

Pero, antes de dejar mi enfoque sobre el deber especial del esposo, debo abordar otra regla para su amor establecida por el apóstol: “Así también los

maridos deben amar a sus mujeres *como a sus mismos cuerpos*. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama” (Ef. 5:28). Los hijos de un hombre son partes de sí mismo. Su esposa es él mismo: “porque los dos serán una sola carne” (Ef. 5:31). “Esta es su obligación y también la medida de la misma. Es tan claro, que si él entiende cómo se trata a sí mismo, no necesita añadirse nada más sobre cómo debe tratarla a ella. ¡Qué gran cuidado pone un hombre en su propio cuerpo! Lo trata con tierna delicadeza, lo cuida en toda situación, se esfuerza en protegerlo de todo mal, y se esmera en proveerle lo necesario. Muy a menudo se deja guiar por sus inclinaciones y deseos. Nunca deniega sus apetitos, excepto cuando son malos, y aun entonces, no los contradice sin cierta dificultad y pesar”. Así debe amar el hombre a su esposa: como a su propio cuerpo.

¿Es necesario aplicar la fuerza de los motivos para producir la atención apropiada a tal deber? Si lo es, apelo a vuestro sentido del honor. Maridos, recordad el desvelo cuidadoso y la tierna atención con la que ganasteis el afecto y la confianza de la mujer que abandonó a su padre, a su madre y al hogar de su infancia para encontrar un lugar de descanso para su corazón en vuestro amor. ¿Y vais a falsear los votos que le hicisteis y a defraudar las esperanzas que despertasteis en ella? ¿Es una mancha vergonzosa para la reputación de un hombre incumplir las promesas de un enamorado? ¡Oh, cuánto más deshonroso es aún olvidar los deberes de un esposo! Ese hombre deshonra su nombre cuando provoca que su compañera de vida exhale un suspiro al comparar la ternura y atención afectuosa que recibió durante el noviazgo con la frialdad o indiferencia que experimenta ahora como esposa.

Os exhorto a amar a vuestra esposa por *aquel momento solemne*, cuando, en presencia del cielo y de la tierra, os comprometisteis, mediante la seria formalidad de un solemne juramento, a abrir y mantener abierto vuestro corazón como fuente de su felicidad terrenal, y a dedicar toda vuestra vida a su bienestar.

Apelo a vuestro respeto por la *justicia*. Os habéis entregado a ella con juramento y ya no sois vuestros. No tenéis derecho a ese modo de vida individual, separado e independiente que os llevaría a buscar vuestra felicidad en oposición a la suya o en negligencia de la misma. Los dos sois una sola carne (Mt. 19:5).

La *humanidad* presenta su reclamo en favor de vuestra esposa. Está en vuestro poder hacer más por su felicidad o su miseria que cualquier otro ser en el universo, excepto Dios mismo. Un esposo cruel es un atormentador de primera categoría. Su víctima nunca puede eludir su alcance ni escapar al radio de su crueldad, sino hasta que sea bondadosamente liberada por el rey de los terrores. En este caso, la muerte se convierte para ella en un ángel de luz y la conduce a la tumba como a un refugio de su opresor. Para tal mujer

no hay descanso en la tierra. El destructor de su paz la tiene siempre en su poder, pues ella está siempre en su presencia o con el temor de estarlo. Las circunstancias de cada lugar y cada día le proporcionan ocasiones para el descuido cruel o la dureza. Dudo que haya un caso de mayor miseria en la tierra, excepto el de un desdichado torturado por el remordimiento y la desesperación, que el de una mujer cuyo corazón se marchita diariamente bajo las miradas frías, las palabras heladas y las acciones repulsivas de un esposo que no la ama. Tal hombre es un asesino, aunque escape en este mundo de la condena del asesino. Con una especie de crueldad refinada, pasa años llevando a su víctima a su final mediante el proceso lento de una muerte prolongada.

Si nada más puede prevalecer, el *interés propio* debería hacerlo, porque ningún hombre puede odiar a su esposa sin odiarse a sí mismo, pues ella es “su propia carne” (Ef. 5:29). El amor, como la misericordia, es una doble bendición; y el odio, como la crueldad, es un doble tormento. Cuando amamos a una persona digna, nos regocijamos en los rayos reflejados de nuestro propio afecto. El amor supremo a Dios es el afecto que da la dicha última al que ama; cuando lo ejercitamos, sostenemos comunión con los ángeles en los gozos del cielo. El amor conyugal está justo después de él en la bienaventuranza que ofrece. Transformar este amor en desagrado es abrir una fuente de veneno en el mismo centro del alma. Antes de emanar para torturar a otros, nos atormenta a nosotros mismos.

## Los deberes de la esposa

*¡Oh, bendita [la mujer] con templanza, cuyo rayo sin nubes  
Puede hacer alegre el hoy como el mañana!  
Ella, que nunca responde hasta que su esposo se calma,  
O, si le influencia, nunca muestra que le gobierna;  
Encanta al aceptar, inclina al someterse;  
Y más tiene su carácter cuando obedece.*

### *La sujeción*

El primer deber que quiero mencionar es la *sujeción*: «Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo» (Ef. 5:22–24). Lo mismo se ordena también en Colosenses. Pedro se une con Pablo en el mismo tono: «Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos» (1 P. 3:1). Antes de exponer el tipo de sujeción que aquí se ordena, debo declarar la naturaleza de la autoridad a la cual debe someterse.

La autoridad a la que esta sujeción cede es una que es *compatible con la religión* y con las demandas de Dios. Ningún hombre tiene derecho a exigir, ni ninguna mujer está obligada a obedecer, ningún mandato que contradiga la letra o el espíritu de la Biblia. Es una autoridad que concuerda con la razón sana. Sus requerimientos deben ser todos razonables. Seguramente es pedir demasiado que una esposa se convierta en esclava de la necedad, tanto como de la crueldad. Es una autoridad que *concuerda con la idea de compañerismo*. Un escritor antiguo observó muy hermosamente que, cuando Adán intentó desviar la culpa de su transgresión hacia su esposa, no dijo: «La mujer que *me diste*», como si fuera un objeto de su propiedad. ¡Nada de eso! Ella no es uno de sus bienes, ni de sus posesiones. No debe contarse entre sus siervos. Más bien, Adán dijo: «la mujer que *me diste por compañera*» (Gn. 3:12); es decir, para que fuera mi compañía y socia en mis gozos y penas.

Que la autoridad del esposo se base en el amor, que nunca se ejerza en oposición a la revelación o a la razón, y que esté regulada por la idea del compañerismo, y entonces no habrá necesidad de reglas particulares para su orientación. Pues dentro de tales límites, nunca podrá degenerar en tiranía, ni podrá oprimir a sus sujetos. Cualquier mujer puede someterse a un poder así sin menoscabo de su dignidad, porque su yugo es fácil y su carga ligera. En toda sociedad —desde el hogar gobernado por la autoridad paternal hasta la nación sustentada por el trono de su gobierno— debe existir una autoridad legítimamente investida en algún lugar. Debe existir una autoridad suprema, algún tribunal último y más alto del cual no haya apelación.

En la familia, esta superioridad recae en el esposo. Él es la cabeza, el legislador, el gobernante. En todos los asuntos que conciernen al pequeño mundo del hogar, él debe dirigir. No debe dirigir sin tomar el consejo de su esposa, pero en todos los desacuerdos, él debe decidir, a menos que elija renunciar a su derecho. Su esposa debe ceder a su decisión, y ceder con gracia y alegría. Ningún hombre debe renunciar a su autoridad como cabeza de la familia, y ninguna mujer debe desear que lo haga. Él puede ceder sus preferencias y someterse a los deseos de ella, pero no debe abdicar el trono ni renunciar al cetro. La usurpación es siempre odiosa; y una de las más ofensivas manifestaciones de ella es cuando el esposo es degradado a esclavo de la reina madre. Tal mujer se ve despreciable incluso sobre el trono.

Reconozco que es difícil para una mujer inteligente someterse a un esposo incompetente, pero debió haberlo pensado antes de unirse a él. Habiendo cometido un error, que no incurra en un segundo, sino que dé la más fuerte prueba de su buen juicio que las circunstancias le permitan ofrecer. Debe reconocer la posición de autoridad de su esposo, aun cuando

no tenga motivo alguno para atribuirle una superioridad intelectual de parte de él. Puede razonar, puede persuadir, puede pedir, pero si el hombre ignorante no puede ser convencido, ni su obstinación vencida, ni su bondad ganada, no le queda otro recurso que *someterse*. Una de las escenas más hermosas que se pueden ver en una familia es la de una mujer inteligente empleando sus talentos y gracias, no para alterar, sino para sostener la autoridad de un esposo débil. Tal mujer sugiere, pero no ordena. Persuade, pero no dicta. Influye, pero no obliga. Cuidadosamente oculta su intervención amable, y luego se somete a la autoridad que ella ha sostenido y guiado al mismo tiempo.

El enfoque opuesto es muy destructivo. Cuando la esposa contrasta constantemente su juicio superior con la debilidad de su esposo, él percibe algo de sus propios defectos. Su conciencia de inferioridad, unida a su posición como esposo, da lugar a los celos, y puede volverse vigilante y resentido ante cualquier interferencia con su derecho a ejercer autoridad.

Así pues, la esposa debe someterse; y, donde no pueda ceder ante una superioridad de talentos—porque no la hay—debe ceder ante la superioridad de posición. Pero los esposos deben tener cuidado de no poner a prueba severamente la sumisión de sus esposas. Es difícil, muy difícil, obedecer a un gobernante imprudente, indiscreto y necio. “Si quieres ser la cabeza, recuerda que la cabeza no es solo el asiento del gobierno, sino también del conocimiento. Si deseas llevar el timón del barco, asegúrate de que no se coloque a un necio al timón. ¿Acaso los ciegos se ofrecerán como guías?”.

Los *motivos* para la sujeción son muchos y poderosos. Dejando de lado todos los argumentos sobre la fuerza comparativa de la mente entre los dos sexos, remito a mis amigas a asuntos menos cuestionables. Miren la creación. La mujer fue hecha después del hombre: «Porque Adán fue formado primero, después Eva» (1 Ti. 2:13). Ella fue hecha del hombre: «Porque el hombre no procede de la mujer, sino la mujer del hombre» (1 Co. 11:8). Fue hecha para el hombre: «Y tampoco el hombre fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del hombre» (1 Co. 11:9). Miren la Caída. La mujer la ocasionó: «Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión» (1 Ti. 2:14). Y así fue castigada: «Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti» (Gn. 3:16). Miren su historia. ¿Acaso no han reconocido todas las costumbres de todas las naciones, antiguas y modernas, salvajes y civilizadas, su sujeción? Miren la luz que el Nuevo Testamento arroja sobre este tema. ¡Cuán fuerte es el lenguaje del texto!: «Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia... Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo» (Ef. 5:23–24).

Permítanme, entonces, mis estimadas amigas, que —como quien desea verlas sometidas a la autoridad de Cristo; como quien anhela que honren el lugar al que la Providencia las ha llamado; y como quien procura su paz interior, la dicha de su esposo y el bienestar de su familia— las exhorte a que, con mansedumbre y gracia, estén sujetas en todo. No solo a los sabios y bondadosos, sino también a los necios y poco merecedores. Podéis razonar, como ya he dicho. Podéis discutir. Pero no debéis rebelaros ni negaros. Que sea vuestra gloria ver cuánto podéis soportar, antes que despreciar las instituciones del cielo o violar el compromiso que voluntariamente y solemnemente contrajisteis. Que vuestra sumisión se caracterice por la alegría, y no por una tristeza renuente. Que no esté precedida por una lucha, sino que se entregue de una vez y para siempre. Que no haya resistencia hasta el último extremo, seguida solo de una mera concesión forzada. Más bien, ofreced una entrega voluntaria, alegre, indiscutida y sin reservas.

### *Reverencia*

La reverencia es otro deber que se impone a la esposa: «La esposa respete a su marido» (Ef. 5:33). Este deber está estrechamente relacionado con el anterior, aunque es algo diferente. Por reverencia, el apóstol no entiende nada servil ni humillante, sino el respeto y la sumisión debidos a aquel a quien se nos manda obedecer.

Vuestra reverencia se hará evidente en vuestras *palabras*. Por ejemplo, en vuestra manera de hablar acerca de él, evitaréis todo lo que pudiera disminuirlo ante la estima de los demás. Evitaréis toda exposición de sus faltas o debilidades menores, toda depreciación de su entendimiento o de su autoridad doméstica. Ese tipo de charla es detestable y dañina. ¿Puede haber algo que lo irrite más que descubrir que lo habéis rebajado ante la opinión pública? La reverencia también se mostrará en vuestra manera de hablarle a él: «Así obedeció Sara a Abraham, llamándole señor» (1 P. 3:6). Debe evitarse toda insolencia frívola, cualquier actitud de desprecio basada en un sentido de superioridad, cualquier tono mandón, contradicción innecesaria, argumentación obstinada, acusación regañona, queja airada y reprochadora, y toda discusión ruidosa.

Casi todas las disputas domésticas comienzan con palabras. Y usualmente está en el poder de la mujer el prevenirlas, haciendo que la ley de la bondad habite en sus labios. Puede calmar las ráfagas de la pasión de su esposo con aquellas respuestas suaves que aplacan la ira. Debe tener especial cuidado en cómo le habla a él, o en su presencia, tanto en compañía de su familia como de extraños. No debe hablarle para hacerlo callar, ni hablarle con ironía, ni decir nada con la intención de herirlo o degradarlo. Una picadura en público lleva doble veneno. No debe tratar de eclipsarlo, ni de atraer la atención de los presentes hacia sí misma, ni reducirlo a la nada

hasta quedar ella delante de él. Esto no es reverencia. Por el contrario, debe hacer todo lo posible por sostener su respetabilidad y dignidad en la estima pública. Su manera de hablarle, con afectuosa amabilidad y sumisión respetuosa, es muy importante para esto.

Y si en algún momento su esposo la reprende —aun cuando lo haga sin causa o con una severidad injusta— tenga cuidado de no olvidar su lugar, ni de dejarse llevar a responder con palabras ásperas, a guardar un silencio despreciativo, o a mostrar una indiferencia hosca. Sé que no es fácil mostrar reverencia y respeto cuando la única razón para hacerlo es la posición que alguien ocupa. Es tan fácil mostrar respeto cuando la sabiduría, la dignidad y la piedad respaldan los derechos de la relación. Pero en proporción a la dificultad de una acción virtuosa está su excelencia; y, en verdad, posee virtud superior aquella que rinde reverencia a la posición de su esposo, cuando su conducta no la merece.

Su reverencia se extenderá también a sus *acciones*, y la llevará a un deseo constante de agradarlo en todo. El apóstol asume como un hecho indiscutible y general «que la mujer casada tiene cuidado... de cómo agradar a su marido» (1 Co. 7:34). Toda su conducta debe estar edificada sobre este principio: darle satisfacción y aumentar su deleite en ella. Que ella se muestre contenta con su suerte, y eso hará mucho para ayudarlo a él a estar contento con la suya. Por otro lado, nada tiende más a generar descontento en el corazón del esposo que el descontento en el rostro de su esposa.

Que ella difunda un ambiente de agrado en el hogar mediante un buen humor alegre. Que se guarde, en cuanto pueda, de un ánimo sombrío y malhumorado que la haga moverse con el silencio y en la oscuridad como si fuera un fantasma. ¿Quién desea vivir en una casa encantada? Ella debería darle siempre la bienvenida en la puerta con una sonrisa. Debería usar toda su creatividad para agradarlo, consultando sus deseos, sorprendiéndolo ocasionalmente con invenciones inesperadas de afecto. Aunque pequeñas en sí mismas, estas cosas son pruebas de una mente dedicada a dar placer.

Los actos mayores de amor reverente y respetuoso pueden parecer algo natural, y, como tales, producir poco impacto. Pero los pequeños actos de atención, que no forman parte de la rutina habitual de los deberes conyugales ni de las responsabilidades cotidianas esperadas, estas ofrendas voluntarias de un afecto activo e inventivo, estos símbolos adicionales de respeto y estima, tienen un gran poder para ligar al esposo a su esposa. Son las cuerdas del amor, los lazos del varón. En todos sus hábitos personales y familiares, su primer cuidado, después de agradar a Dios, debe ser agradar a su esposo, y así retener para sí ese corazón que no puede alejarse de ella sin

llevarse consigo su felicidad—ese corazón que, una vez partido, no puede ser restaurado por ningún poder inferior al de la misma Omnipotencia.

### *Mansedumbre*

La mansedumbre es mencionada especialmente por el apóstol Pedro como una disposición que toda esposa tiene el deber de cultivar. Él ha distinguido y honrado esta cualidad llamándola «el adorno incorruptible de un espíritu tierno y sereno» (1 P. 3:4 - LBLA). Entre las virtudes que convienen preeminentemente al carácter femenino, la mansedumbre ocupa un lugar elevado. Nadie necesita más esta disposición que la mujer que está al frente del hogar. Ya sea por la irritación y rebeldía de los hijos, por la negligencia y mala conducta de los sirvientes, o por las palabras ásperas de un esposo—si ella se deja provocar con facilidad—estará casi con certeza en un estado constante de irritación durante todo el día.

¡Cuán difícil es soportar a una mujer irritable! ¡Cuán odiosa es una mujer rencillosa! «Mejor es morar en tierra desierta, que con la mujer rencillosa e iracunda» (Pr. 21:19).

Es asombrosa la influencia que la mansedumbre ha ejercido en una familia. Ha apagado las chispas e incluso los carbones de la ira y la contienda que, de no ser por la mansedumbre de la mujer, hubieran incendiado el hogar. Ha dominado al tigre y al león, y los ha conducido cautivos con el hilo de seda del amor.

La fuerza de la mujer no reside en resistir, sino en ceder. Su poder está en su gentileza. Hay más defensa real—sí, y más capacidad ofensiva también—en una mirada suave o en un acento apacible, que en horas de miradas fulminantes y tonos airados. Cuando, en medio de una pelea familiar, una mujer ha logrado mantener su temperamento, muchas veces la tormenta se ha disipado justo al comenzar. Su mansedumbre ha servido como pararrayos para desviar los terribles rayos que de otro modo habrían destruido la morada.

### *Modestia*

Revístete, pues, «el adorno incorruptible de un espíritu tierno y sereno». Presta menos atención a la decoración del cuerpo, y más a la del alma. Tu atavío no debe ser: “el externo, con peinados ostentosos, adornos de oro o vestidos lujosos; sino... el interno, con el adorno incorruptible de un espíritu tierno y sereno, lo cual es precioso delante de Dios» (1 P. 3:3–4). El lenguaje de otro apóstol sobre este mismo tema no es menos impactante: «Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinados ostentosos<sup>7</sup>, ni oro, ni perlas, ni vestidos

---

<sup>7</sup> **peinado ostentoso:** trenzado.

costosos; sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad» (1 Ti. 2:9–10). Dos apóstoles—que escribieron movidos por el Espíritu Santo—han declarado que el gusto por un vestido inmodesto, costoso o altamente ornamentado es impropio y contrario a una profesión de piedad.

Seguramente este tema merece ciertamente la atención más seria de todas las mujeres cristianas. No se puede invalidar ni la letra ni mucho menos el espíritu de dos pasajes tan claros de la Sagrada Escritura. Pero que estos pasajes han sido desechados, es evidente por la apariencia de casi toda congregación a la que podamos entrar en el Día del Señor.

Ya es tiempo de que los maestros cristianos llamen nuevamente a las mujeres que profesan piedad a apartarse de los caminos insensatos de la moda y regresen a la luz segura de las Sagradas Escrituras. Recuerda que en la Escritura se establece una ley general para regular tanto el vestido del cuerpo como el del alma. Y creo firmemente que estos pasajes de la Escritura aún forman parte de la revelación de Dios. Y como tal, aún son obligatorios para la conciencia. Si no lo son, que se me muestre cuándo fueron cancelados.

Sostengo que las mujeres cristianas deben abstenerse de las modas costosas, ostentosas y extravagantes en el vestir, en el uso de joyas, y en toda clase de adorno personal inapropiado. No estoy abogando por un atuendo sectario, ni por un uniforme religioso, ni por formas y colores prescritos por la iglesia—nada de eso—sino por simplicidad, pulcritud y economía. Estoy abogando por aquello que el apóstol llama “ropa decorosa, con pudor y modestia”; no solo por la letra del mandato, sino por el espíritu que lo impregna. Defiendo la necesidad de una diferencia visible entre quienes profesan piedad y quienes no, particularmente en su relativa indiferencia hacia tales vanidades; y por una evidencia tangible de que sus mentes no están tan absortas en estas cosas como lo están las de los impíos.

No estoy abogando por extinguir el buen gusto —¡ay!, en cuestiones de vestido, ¡esto ya ha sido hecho!—, sino por resistir el ilegítimo dominio de la necedad que se disfraza bajo el nombre de moda. No pretendo resucitar la era de la barbarie gótica ni la de la vulgaridad inculta. No; concedo amplio margen al cultivo del buen gusto y del ingenio en todo ámbito que sea lícito. Pero protesto, con firmeza, contra el reinado desolador de la vanidad. Me opongo a la infiltración de la frivolidad en la iglesia de Dios. Combato la funesta incongruencia de hacer que nuestras asambleas religiosas se asemejen a una audiencia reunida en un teatro.

Los males de una atención indebida al vestido son muchos y graves:

1. Se desperdicia mucho tiempo valioso en su estudio, arreglo y decisiones.

2. Se desvía la atención del mejoramiento de la mente y el corazón hacia la decoración del cuerpo.

3. La mente se llena de orgullo y vanidad, y se degrada la visión de la verdadera dignidad del alma.

4. El amor por el exhibicionismo infecta el carácter.

5. Se malgasta dinero que debió haber aliviado el sufrimiento o mejorado la condición humana.

6. Se dan ejemplos a las clases inferiores, en quienes esta tendencia suele ser perjudicial de muchas maneras.

Soy consciente de que algunos afirman que puede existir orgullo tanto en la distinción personal como en la moda; que puede haber orgullo en vestir tonos otoñales sobrios, tanto como en lucir los colores brillantes del arco iris; que puede hallarse vanagloria tanto en la calidad y textura como en el color y la forma. Lo sé, y no justifico una forma más que la otra. Condeno todas las expresiones del orgullo. Sin embargo, aun reconociendo esto, debo decir que algunas de estas formas conservan un poco más de dignidad que otras. Dejaré espacio para las distinciones de rango, para los inventos del gusto verdadero, y para las manifestaciones modestas y discretas de elegancia natural y belleza sencilla. Pero no puedo estar de acuerdo con la idea de que las mujeres cristianas se entreguen a ser guiadas por la moda, por costosa, extravagante o llamativa que sea.

En cuanto al argumento de que la industria de la moda da empleo a nuestros artesanos a través de los constantes cambios en las tendencias, esto no tiene ninguna relación con el mandato apostólico. Los plateros que fabricaban templos para los adoradores de Diana podrían haber presentado una objeción similar contra los predicadores del evangelio, quienes ciertamente afectaron su oficio en cierta medida. Solo me dirijo a aquellos que profesan piedad, los cuales constituyen una porción tan pequeña de la sociedad, que su abstención de la necedad influiría muy poco en el empleo general de los trabajadores. Y si, en algún caso, lo hiciera, que lo compensen de alguna otra manera. Lo que estoy defendiendo, entonces, no es ni mezquindad ni una uniformidad monótona, sino lo siguiente: pulcritud frente a lo ostentoso; sencillez y decoro frente a la extravagancia; modestia frente a la indecencia; y economía frente al despilfarro.

Si lo que defiende es característico o no de la época en que vivimos, que lo determine cualquier espectador. Estoy deseoso de ver a quienes profesan piedad manifestar seriedad y espiritualidad, dignidad y sobriedad de mente, sencillez de costumbres y compostura de modales, apropiados para su alta y santa vocación. Quiero que todo eso esté unido a una frugalidad en sus

gastos personales, que les permita tener más recursos para aliviar las miserias y promover la felicidad del prójimo.

Pero, quizá, después de todo, algunas mujeres aleguen que la alegría y el gasto en su vestir es más para agradar a sus esposos que a ellas mismas. Aun eso debe tener límites. Y en verdad compadezco la necedad del hombre que se preocupa demasiado por el arreglo del guardarropa y el maquillaje de su esposa. Que prefiera verla salir vestida con ropas lujosas para exhibirse ante sus amigas de la alta sociedad, en lugar de verla, con pulcritud digna, visitar las casas de los pobres como mensajera de misericordia. Se alegra al contemplarla moverse por los círculos de la moda, admirada por otros hombres y envidiada por otras mujeres. Pero más bien debería alegrarse de verla continuar su curso resplandeciente en la órbita de la benevolencia, vestida con sencillez económica, y, ahorrando en sus gastos personales, vestir al desnudo, alimentar al hambriento, sanar al enfermo. Tal esposa atraerá sobre sí las bendiciones de aquel que estaba por perecer, y hará cantar de gozo el corazón de la viuda.

Recuerda que tanto el vestido como la persona que lo lleva son corruptibles. Los accidentes pueden deformar la figura más hermosa, las enfermedades marchitar el colorido más encantador, el tiempo desfigurar la superficie más tersa, y la muerte—el destructor de la belleza—obrará un cambio tan terrible y sobrecogedor que hará apartar con disgusto a los más devotos admiradores. Qué pronto será todo vestido reemplazado por un sudario, y todo adorno quitado para dar lugar a las flores esparcidas en el ataúd sobre el cadáver, como intentando ocultar la deformidad de la muerte.

Pero las gracias del corazón y las bellezas del carácter son imperecederas. Una esposa debe estar continuamente procurando revestirse de ellas. “La que tiene un esposo sabio debe atraerlo a un afecto eterno con el velo de la modestia y los vestidos de la castidad, los adornos de la mansedumbre y las joyas de la fe y la caridad. No debe tener otro maquillaje que el rubor. Su resplandor debe ser su pureza, y debe brillar en derredor con dulzura y amistad. Entonces será agradable mientras viva, y deseada cuando muera”.

### *Economía y orden*

La economía y el orden en la administración de sus gastos personales y familiares son deberes evidentes de una esposa. Ellas están llamadas a presidir la dirección de los asuntos domésticos; y mucho de la prosperidad y el consuelo de la pequeña comunidad familiar dependerá de sus arreglos hábiles y prudentes. Hay una tendencia evidente en esta época a que todas las clases de la sociedad se acerquen lo más posible a los hábitos de las clases superiores. Los pobres imitan a las clases medias, y las clases medias copian a las clases

altas. Un gusto vistoso, lujoso y costoso es casi universalmente cultivado; se muestra en innumerables casos donde no hay medios para sostenerlo.

Una casa grande, una residencia en el campo, muebles suntuosos, un carruaje, una comitiva de sirvientes y grandes fiestas son el objetivo de muchos. Sus acreedores pagan por todo. Las familias cristianas están hoy en día en un peligro inminente de conformarse al mundo, y la línea de demarcación entre la iglesia y el mundo se está borrando rápidamente. Es cierto que los cristianos no tienen juegos de cartas, no frecuentan el teatro ni los bailes, y tal vez no tienen fiestas nocturnas. Pero eso es todo. Muchos cristianos están tan preocupados por el esplendor de sus muebles, la moda de su ropa y el gasto de sus reuniones como el más mundano de los impíos.

Ahora bien, una esposa tiene gran influencia para frenar o fomentar todo esto. Algunos piensan que esta creciente tendencia hacia lo llamativo puede atribuirse principalmente a la vanidad femenina. Las mujeres, en general, son las mentes maestras detrás de tal escena. La mujer recibe los elogios y halagos por el conjunto, y por lo tanto está bajo la más fuerte tentación de promoverlo. Pero que ella considere cuán poco todo esto tiene que ver con la felicidad de la familia, aun en su estado más próspero. Que considere que, cuando sobrevenga un revés, el recuerdo de todo esto aumentará la miseria de la adversidad. Cuando lleguen tiempos difíciles, será más doloroso estar endeudada por ropa o muebles finos; que se diga que su derroche contribuyó a arruinar a su esposo; que no haya pan porque antes se derrochó en lujos. Será doloroso entonces escuchar el reproche susurrado de haber perjudicado a otros por sus propios gastos irreflexivos.

Amadas mujeres, eviten estas miserias. No continúen preparando ajenjo y hiel para amargar aún más la ya amarga copa de la adversidad. Procuren adquirir habilidad en la administración del hogar: la habilidad de la moderación, la prudencia, el amor por el orden y la pulcritud. Encuentren un camino intermedio entre la mezquindad y el lujo, adecuado a su posición en la vida y a su profesión cristiana: una economía que deje más para la causa de Dios y para las miserias del hombre. Más bien restrinjan que estimulen el gusto de su esposo por los gastos. Díganle que no es necesario para su felicidad, ni para la comodidad de la familia. Aléjelo de estas cosas innecesarias hacia la formación mental, la cultura moral y la instrucción religiosa de los hijos. Que el conocimiento, la piedad, el buen juicio, los hábitos bien formados, la armonía y el amor mutuo sean las fuentes de los placeres de su hogar. ¿Cómo pueden compararse con estas cosas los muebles costosos, el vestido o los entretenimientos?

### *Cuidado de los hijos*

Una esposa debe ser muy atenta al bienestar y a la comodidad de los hijos. Para esto, debe ser una *guardiana del hogar*. «Que enseñen a las

mujeres jóvenes a ser prudentes, a amar a sus maridos, a amar a sus hijos, a ser sensatas, castas, cuidadosas de su casa» (Tit. 2:4-5). ¿Y cómo pueden cumplirse bien los deberes que recaen sobre la cabeza femenina de la familia si no es guardiana del hogar? Ya he enfatizado esto en un capítulo anterior, pero su importancia justifica que vuelva sobre el tema. Ella tiene tanto que atender, tantas cargas que sostener, y tantas actividades que apoyar donde hay una familia joven. Quien tenga tiempo para chismes, ella no lo tiene. Quien pueda ir de casa en casa, escuchando o contando alguna novedad, ella no debe hacerlo.

El lugar de una madre es entre su familia. El deber de una madre es cuidar de ellos. Nada puede excusar el descuido de esto, y sin embargo, vemos con frecuencia tal descuido. Algunas aman los libros, y el bienestar del hogar se descuida por ello. Jamás prohibiría a una mujer el deleite de la lectura. Lejos de eso. Pero su gusto por la literatura debe mantenerse dentro de límites adecuados y no debe interferir con sus deberes domésticos. Ningún esposo puede complacerse al ver un libro en manos de su esposa mientras la casa está en desorden y el confort de los hijos está desatendido. Mucho menos debe permitirse que el amor por la compañía lleve a una esposa a salir demasiado del círculo de sus cuidados y deberes. Es ciertamente una vergüenza andar vagando de casa en casa por las mañanas, o estar en fiestas hasta altas horas por la noche, noche tras noche, mientras la familia en casa queda sola o con los criados.

Aun la atención a los deberes públicos de la religión debe regularse con la debida consideración por las necesidades de la familia. Soy consciente de que muchas personas utilizan las necesidades del hogar como excusa para descuidar casi por completo los medios públicos de gracia. No frecuentan la casa de Dios. Se dejan de lado los sermones, la Cena del Señor y todas las demás reuniones religiosas por una atención absorbente a los asuntos domésticos. Ese es un extremo. Pero el otro extremo es una devoción desmedida a las reuniones religiosas, de modo que las necesidades de una familia enferma, los llantos de un niño hambriento o las circunstancias de un caso doméstico inusual no bastan para detener a una madre de asistir a un sermón entre semana, a una reunión de oración o al aniversario de alguna institución pública.

No es un honor para la religión que una esposa sea vista en la casa de Dios en tales circunstancias. Los deberes no deben ponerse en oposición unos con otros. En tal momento, su deber está en casa. Siempre será angustiante, e incluso repulsivo, para un esposo volver a casa y encontrarse con una escena de confusión, ver a un hijo descuidado en la cuna y, al preguntar por la madre, ser informado de que está asistiendo a un sermón o a una reunión pública. Hay una gran necesidad de vigilancia en la época

presente, cuando se demanda tanto la participación de la mujer en la vida social, para que la atención a las instituciones públicas no interfiera perjudicialmente con sus deberes como esposa y madre.

Sé muy bien que una mujer activa puede, mediante hábitos de orden, puntualidad y diligencia, disponer sus deberes inmediatos en casa de tal manera que tenga tiempo suficiente para ayudar a las nobles sociedades que solicitan su patrocinio, sin descuidar a su esposo ni a sus hijos. Pero cuando eso no pueda hacerse, ninguna sociedad, ya sea humana o religiosa, debe ser permitida a quitarle el tiempo que corresponde, después de todo, a su esfera más inmediata y apropiada.

Debe ser una guardiana del hogar si hay algo en casa que requiere su presencia. Estas me parecen ser las responsabilidades primordiales de una esposa. Motivos altos y sagrados demandan su diligente cumplimiento. Su propio bienestar y el de su esposo dependen de que ella cumpla con sus obligaciones, y el bienestar de sus hijos también está profundamente involucrado. Y, además, su carácter resplandece con mayor brillo. Una *buena esposa* es el pináculo de la excelencia femenina; es la mujer en su gloria más brillante desde la Caída.

### *Influencia espiritual*

Pero hay otra consideración supremamente importante, mencionada por el apóstol, a la cual dirigiré vuestra atención: «Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa» (1 P. 3:1–2). ¡Consideración poderosa y al mismo tiempo tierna! Notad, amadas mujeres, la aprobación implícita que el apóstol os concede, donde parece dar por sentado que, si una de las partes carece de religión, será el esposo. Los hechos demuestran que esta suposición era correcta.

La religión florece más entre la parte femenina de la humanidad. En nuestras iglesias, el mayor número es de mujeres. ¿Podemos explicar esto por causas naturales? En parte. Ellas están más en casa y, por tanto, más al alcance de los medios de gracia. Son más impresionables; están menos expuestas a aquellas tentaciones que endurecen el corazón mediante el engaño del pecado. Están sujetas a más aflicciones, lo cual ablanda el corazón y lo prepara para la semilla del reino. Pero todo esto no es suficiente, porque sin gracia, todas estas ventajas son ineficaces. Debemos explicarlo, entonces, por los propósitos de Dios, la intervención de Dios y el ordenamiento de la sabiduría divina.

La influencia femenina en todas las naciones civilizadas es grande. Y Dios generalmente ha hecho mucho uso de esta influencia, dondequiera que

ha llegado el evangelio, como uno de los medios para difundir la verdadera religión. Él derrama su gracia sobre ellas, para que su influencia sea útil a otros, especialmente a sus esposos e hijos. Entonces, si una mujer cristiana está unida a un hombre inconverso, debe cultivar y mostrar una preocupación profunda, tierna y diligente por su salvación. «¿Qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido?» (1 Co. 7:16). No promuevo los matrimonios desiguales. Jamás animaría a una mujer soltera a intentar el dudoso y peligroso experimento de casarse con un hombre irreligioso con la esperanza de convertirlo. La “conversión” en tales casos suele ocurrir en dirección contraria. Pero cuando el matrimonio ya está establecido, entonces sí digo: alimenta esa preocupación y esfuérzate por todos los medios en su bienestar eterno.

Muchas veces ha sucedido que el esposo incrédulo ha sido santificado por su esposa. Ella lo ha atraído con las cuerdas de un amor tierno y solícito a considerar el tema de la religión personal. Piensa en el valor de su alma, y en la gloria indescriptible de ser el instrumento de su salvación. ¡Oh, ser el medio de salvar su alma! Piensa cómo eso fortalecerá el lazo—lo santificará y lo endulzará—que los une en la tierra y en el tiempo. Y al mismo tiempo, añadirá un lazo que garantizará que “no se pierdan el uno al otro en el valle de sombra de muerte”, sino que se reúnan como espíritus afines (aunque no como marido y mujer) en el cielo para toda la eternidad.

Piensa, oh esposa, en la felicidad y el honor que te esperan. ¿Qué es la victoria que lograste sobre él con tus encantos, comparada con la victoria que tendrás con tu vida piadosa? ¿Qué placer experimentarás todos tus días, ahora que sois “de un mismo corazón y una misma alma”, ahora que “toman *juntos* el dulce consejo” (Sal. 55:14)? Ahora, el lenguaje privilegiado de la oración es: “Padre *nuestro*”. De cada sugerencia hecha para buscar juntos al Señor de los Ejércitos, surge una respuesta inmediata: «Yo también iré» (Zac. 8:21). Y ¿cuál será tu gozo y corona de regocijo en aquel Día, cuando, delante de hombres y ángeles reunidos, tu esposo diga: “¡Bendita sea la Providencia que nos unió en aquel mundo, y que nos ha unido aún más perfectamente en este! La mujer que me diste para que estuviera conmigo no me condujo al árbol del conocimiento del bien y del mal, sino al árbol de la vida que está en medio del Paraíso de Dios”.

¿Pero cómo debe ejercerse esta preocupación? El apóstol nos dice que pueden «ser ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, *considerando* vuestra conducta casta y respetuosa» (1 P. 3:1-2). Tu religión debe verse encarnada en todo tu carácter y conducta. Debe recomendarse por sí misma como sincera ante el juicio de tu esposo. Debe ser coherente. Una falta de coherencia, por más ferviente que pueda parecer en muchos aspectos o en muchos momentos, producirá repulsión. Debes dejar que tu

luz brille delante de ellos, para que, viendo tus buenas obras, glorifiquen a Dios (Mt. 5:16). Debes aparecer siempre vestida con toda la hermosura y la elocuencia viva de un ejemplo amable, aun cuando tu lengua permanezca en silencio.

Tu religión debe esparcir su resplandor sobre todo tu carácter e imprimirse profundamente en tu relación como esposa y madre. Debe ser un nuevo motivo para todo ese respeto, reverencia, devoción y mansedumbre que ya te hemos mencionado. Debe llevarte a llevar cada virtud conyugal y maternal al más alto grado de perfección. Debe ir acompañada de profunda humildad. Si hay algún orgullo espiritual, algún sentido consciente y manifiesto de superioridad, algo que se acerque al espíritu farisaico que dice: «Apártate de mí... que soy más santo que tú» (Is. 65:5), algo parecido al desprecio de tu esposo como pecador no convertido, despertarás en él un profundo prejuicio contra ti y contra tu religión. Odiará la religión por tu causa, y a ti por causa de la religión.

Cuando intentes hablarle acerca de asuntos espirituales, hazlo de la manera más alejada posible de cualquier tono de sermón, arrogancia, reproche o sensación de superioridad consciente. Debes hablar con la mayor ternura, mansedumbre, humildad y afecto persuasivo. Nunca hables con él sobre su estado espiritual delante de otros, y nunca le hables de forma indirecta pero dirigida a él. Tampoco es probable que logres lo que deseas si lo cansas con repeticiones continuas del mismo tema. Muchas mujeres frustran su propio propósito por tocar el tema sin cesar—a veces con una aspereza que aumenta el rechazo de él. Por su propia naturaleza, la aspereza tiende a generar repulsión en una mente así. Un ocasional y tierno comentario, respetuoso y delicado, es todo lo que deberías intentar, y luego dejar que tu ejemplo hable por sí solo. Ocasionalmente, puedes dejar a su alcance un volumen instructivo, y cuando surja una oportunidad, pídele que le eche un vistazo.

No rodees tu hogar con amigos religiosos de tal manera que lo irrites. Y especialmente, mantén alejado tanto como sea posible a aquellos que tengan menos discreción. Limitate a los más sabios y mejor informados. Nunca interfieras bruscamente en sus ocupaciones, lecturas o amistades, aunque no sean de tu aprobación. Hasta que él sea iluminado desde lo alto, no verá el mal en esas cosas, e intentar interrumpirlas de otro modo que no sea mediante la más suave y respetuosa de las razones solo hará daño.

Si él intenta apartarte de la alta búsqueda de la vida eterna, por supuesto, no debes ceder a su persuasión. No concedes en nada donde tu conciencia esté claramente implicada en el asunto. Debes ser firme, pero amable. Ceder una vez solo llevaría a más concesiones. Pero aun en un caso extremo, debes resistir sus intentos de interferir con tu religión con toda la mansedumbre de

la sabiduría. Tu resistencia debe ir acompañada de esfuerzos renovados por agradecerle en todo lo que sea lícito. Si tu conducta atrae sobre ti su reproche, ira o persecución (lo cual es muy doloroso, pero por desgracia no inusual), debes poseer tu alma con paciencia y encomendar tu camino a Aquel que juzga con justicia. No son pocos los esposos que, siendo perseguidores, han sido doblegados—si no a la conversión, al menos a una actitud más amable— por el espíritu manso y la disposición sin quejas de sus esposas.

## CONCLUSIÓN

**P**ara concluir, procuremos todos vivir con mayor plenitud el espíritu del verdadero cristianismo: el espíritu de fe, esperanza y oración. Este es el espíritu de fe que realmente cree la Palabra de Dios, que dirige su mirada constantemente a la cruz de Cristo, donde obtenemos la salvación, y que contempla con anhelo el mundo eterno, en el cual disfrutaremos plena y perpetuamente de esa redención. Este es el espíritu de esperanza, que vive en la expectativa y deseo de gloria, honra, inmortalidad y vida eterna. Este es el espíritu de oración, que nos lleva diariamente y a toda hora al trono de la gracia de Dios, para pedir toda la ayuda del Espíritu Santo que necesitamos, no solo para los deberes relacionados con el mundo venidero, sino para aquellos que descansan sobre nosotros en este mundo. «La piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera» (1 Ti. 4:8). El mismo principio de la gracia divina que nos une a Dios nos unirá más estrechamente entre nosotros.

El cristianismo contiene en sí no solo las semillas de virtudes inmortales, sino también de aquellas que son mortales. Contiene no solo las semillas de excelencia que florecerán en el templo del cielo, sino también las que brotan en nuestra casa peregrina en la tierra, para vivificar con su belleza y refrescar con su fragancia el círculo doméstico. Un buen cristiano no puede ser un mal esposo o padre. En igualdad de condiciones, aquel que tiene más piedad resplandecerá más en todas las relaciones de la vida.

Una Biblia puesta entre el hombre y su esposa como la base de su unión, la regla de su conducta y el modelo de su espíritu, reconciliará muchas diferencias, los consolará en muchas aflicciones, los guiará en muchas dificultades donde la carne y la sangre quedarían perplejas, los sostendrá en su última y triste despedida mutua, y los reunirá en ese mundo feliz donde ya no habrá más separación.

“Aquellos matrimonios que viven recordando que deben volver a separarse y dar cuenta de cómo se trataron a sí mismos y mutuamente, serán admitidos, en el día de su muerte, a gloriosas bodas. Cuando vivan de nuevo, estarán casados con su Señor y participarán de Sus glorias. Todo lo que ahora nos agrada pasará de nosotros, o nosotros de ello. Pero los asuntos de la otra vida son tan permanentes como los números de la eternidad; y aunque en la resurrección no existirá ya la relación de esposo y esposa, ni se celebrará otro matrimonio que el del Cordero, sin embargo, se recordará cómo hombres y mujeres transitaron por esta vida terrenal, la cual no fue sino una figura de la eterna. De esta unión sacramental, todas las parejas santificadas pasarán a la unión espiritual y perpetua, donde el amor será su herencia, los gozos coronarán sus cabezas, y reposarán por los siglos eternos en el seno de Jesús y en el corazón de Dios”.

*Muy, muy por encima del alcance del ojo mortal,  
Ningún ojo lo ha visto, ni pluma humana ha logrado  
Retratar las glorias de aquel mundo celestial,  
¡Cuyo mismo ambiente es amor santo!*

*Allí los cristianos que en la tierra vivieron en unión,  
Herederos de sus mansiones por la regeneración,  
Se hallarán en santa y bienaventurada comunión,  
Fundidos en un amor que jamás conocerá conclusión.*

*¡Oh, cuán dulcísimo será encontrar al amigo fiel,  
Que amamos en la tierra, y ahora, en el Edén,  
Juntos postrarnos ante el trono eterno del Señor  
Y cantar sus glorias en verso exaltado y fervor!*

*Caminar en compañía por las calles de oro,  
Sentarse —no por separado— en tronos fulgentes;  
Admirar el fulgor de cada gema esplendente,  
O saborear el fruto de un tallo eterno y sonoro.*

*Beber de las aguas de la fuente cristalina,  
Cosechar las flores del monte de pureza divina,  
Aspirar la fragancia de la brisa celestial,  
¡O desplegar la vela sobre el río de cristal!*

*Mas sobre todo, adorar las maravillas de su gracia,  
Contemplar los fulgores de Su rostro sin audacia,  
De Aquel que nos compró con precio inmenso y desconocido,  
¡Y nos alzó de prisión a un trono sin olvido!*

